

IGNACIO RAMIREZ SANCHEZ

Breve Historia
de una Ciudad

FACATATIVA

**“CERCADO FUERTE AL FIN
DE LA LLANURA”**

IMPRESA DEPARTAMENTAL-1947

a Beatriz

PROLOGO

LA HISTORIA DE LA CIUDAD

Muy brevemente quizá, con notorios defectos y omisiones imperdonables, que se produjeron desde luego involuntariamente, entregamos este trabajo escrito sin arte pero con sangre, con fervor y con fe, a nuestros conterráneos, a nuestros amigos, a quienes se han preocupado tenazmente por el progreso de la ciudad, por su futuro promisorio, por la ancha perspectiva que se abre a su comercio, a su industria, a su inteligencia capitana que ha regido y seguirá rigiendo por muchos lustros y decenios la existencia local y la de la comarca cundinamarquesa, y que ha aportado tan extraordinarios ejemplares humanos a la marcha de la república.

A sus hombres de trabajo, que lo han sido todos, los humildes labriegos ateridos por el frío de la mañana que se prolonga por la sabana desde los caminos veredales que conducen a Subachoque, que van hacia las faldas del Aserradero, que marchan hacia las neblinas tenues de Bojacá, que se distienden por las rutas de El Dintel, que envuelven la dura mole montañosa de Manjuy; a los industriales y hacendados que dirigen con mano experta el desarrollo agrícola y ganadero, a los estudiantes e intelectuales y políticos y a los profesionales y administradores de la cosa pública, a los ferroviarios, a los obreros locales, a los comerciantes, y, en fin, a todos aquellos que cada día y cada mañana entregan su propia vida con sereno entusiasmo en defensa del ideal colectivo de hacer de nuestra ciudad una futura capital administrativa, porque ya lo ha sido en la historia, no solamente en lo que se refiere a la

seae del gobierno cundinamarqués, sino en la inteligencia y el patriotismo, de lo cual dan fe los huesos de sus muertos, de sus héroes, de sus soldados republicanos que cayeron fusilados en la plaza principal, y sus hombres de hoy que ilustran la cátedra sagrada, el parlamento, el Consejo de Estado, la Universidad, el foro colombiano, las grandes instituciones de la república.

A todos ellos va consagrado este homenaje entrañable. A su vida ejemplar formada contra las adversidades, a su carácter que honra la tradición limpia de Facatativá, a su desvelo por servirla, que hace posible e inmediato el tránsito por vías de mayor lustre y gloria. A las nuevas generaciones que tienen el deber de inspirarse en la fuerte vida pasada para modelar su estructura civil, y a las cuales queda el encargo de ampliar, corregir y dar vida luminosa a estos apuntes desordenados e incompletos que yo he tomado en el rincón virgiliano de la ciudad donde nací, y donde aprendí a vivir la prodigiosa existencia de la lucha pertinaz, de la ambición creadora, del generoso esfuerzo fecundo.

LA CIUDAD Y LAS GENTES

EPISODIO RURAL

A la fugaz luz de la historia, al creciente calor que deviene de la carne y del espíritu de los héroes, vamos a reconstruir el paisaje, la leyenda y la emoción de una parcela del tiempo vivido, padecido y exaltado por los antiguos moradores de la comarca.

Todavía permanecen los abuelos uncidos a la tierra, roturando la entraña grisosa, desde el momento mismo en que las corrientes luminosas ensanchan el pulmón del día hasta cuando ya nada hace visibles las cosas y comienza a sentirse el paso de la tragedia por las anchas avenidas de la noche.

Todavía rezan en el tránsito de la tarde brumosa, las mismas oraciones de antaño y se oye el rumor de ese oleaje de silencios que asciende a los labios de las mujeres cuando la campana del pueblo se remonta por los cerros de Manjuy y el Aserradero. A pesar de que sobre la estirpe francesa de los cafés extraverte la vida urbana y que los caballeros del pueblo cambien a media noche sus impresiones sobre la vida, sigue teniendo una fustigante vigencia el encerrado, el recluso oratorio donde todas las noches se alza la voz de la vieja para implorar el bienestar y la bienandan-

za de las próximas 24 horas. Esta función medular del hogar, que penetra los poros de los que juegan todos los días su aventura y su azar se cumple, como todos los ritos, religiosamente. En muchos lugares la vela de sebo preside la escena entre un sobresalto de figuras que se dibujan sobre los muros. En ese instante se rememora a los muertos, sus castellanas virtudes, su sobrio amor al trabajo, su encendida devoción por el hogar. Muchos de mis conterráneos murieron dentro del paisaje local, sin haber conocido más fronteras que las que encierran a la ciudad, circuyéndola de amable y jugosa verdura.

Ellos se fueron mimetizando con la tierra; las manos eran como duros terrones extraídos de la parcela natal. Los ojos se habituaron al molde románico de la iglesia que construyera con fidelidad pasmosa el viejo cura hidalgo, Fray Pedro María Salazar.

Vieron morir y nacer a las gentes, asistieron con ojos de curiosidad a los matrimonios y a las solemnidades civiles y religiosas, conocieron los metales bruñidos de la elocuencia de capitanes y repúblicos, se conjuraron en los helados amaneceres contra los enemigos de la libertad, se hicieron guerrilleros y revolucionarios, vieron la estampa dionisiaca de Cenón Figueredo, retornaron a la labranza para costear la educación de los hijos. Finalmente, descansaron a la sombra del cementerio que cubre los flancos del Cercado del Zipa.

Casi todos tienen la carne quemada por el sol, áridas las manos que empujaron en la mañana la yunta primitiva, despierto el ojo avizor que sorprendió en la noche una remota fogata, el paso del hombre y de las constela-

ciones. Se han mirado en el espejo del cielo inquiriendo el secreto de su destino, la ruta probable de la existencia. Sobre el pináculo del cerro guardián han sentido la embriaguez de las altas corrientes, corrientes heladas que se precipitan sobre el Magdalena a través de la nudosa topografía erizada de aldeas y colmada de fértil vegetación.

Se hicieron hermanos del agua que nace en el secreto de las altas peñas y corre con mansedumbre a través de los predios de los ricos. Extendieron sobre las aldeas circunvecinas su denodado esfuerzo productor, su vigorosa actividad laborante.

Por las mañanas de diciembre, cuando la escarcha arde sobre el tallo de las flores, se les vio pastoreando el ganado a lo largo de la planicie, por el camino veredal que conduce a Subachoque, por los atajos que van a La Selva, por la ruta de Bojacá, poblada de tenues neblinas. Esas mismas manos cortaron casi de raíz los viejos árboles centenarios que se desplomaban con el estrépito de una sinfonía wagneriana. Todas las mañanas se oye el grito de la peonada que hiende el espacio azuloso y que se apresta a domar la arisca vacada dispersa sobre la llanura. De trecho en trecho aparecen los bohíos miserables donde una débil columna de humo anuncia la presencia del hogar campesino. En él, se han recolectado dura y trabajosamente unos cuantos leños hurtados a la vegetación desbordada. De tarde en tarde, los martes especialmente, la familia ha viajado al mercado. Llevan de él la panela, unas cuantas pastillas de chocolate, un pan que endurece a cada momento.

Casi todo el año la tierra exige y reclama una constante atención. Un día amanecen con la azada hurgando el vientre prolífero; otro, rastrean por sobre las largas hileras vegetales extirpando las plantas parásitas; después, siegan con la hoz el blondo penacho de los trigales ondulantes.

La vida se reduce a la fatiga. Sin grandes estímulos van acumulando, coleccionando los días inútilmente iguales, sórdidamente grises. Las enfermedades se curan por la intervención de las viejas conocedoras del milagro botánico que la tradición fue entregando generosamente en una sucesiva dádiva consoladora. Sólo se alegra este paso forzoso por la vida cuando el domingo vienen al pueblo trayendo de la mano a los pequeños con sus sombreritos negros de paño, sus curiosos vestidos arreglados con primor y sin gracia por la madre labradora.

La escuela es el signo de algo inaccesible. Parece a los ojos de la infancia campesina, como la entrada a la cueva milagrosa en cuyo interior refulgen todas las riquezas del mundo, millonaria pedrería para conquistar un imperio, imagen de las más extraordinarias aventuras. Sabiéndolo todo, poseyéndolo todo, vistiendo los trajes de los doctores, conociendo la minucia de la explotación industrial química, entraremos en posesión de los mayores goces y de los más grandes sufrimientos. Porque la vida para la infancia no puede concebirse sino en términos totales, bajo aspectos unilaterales. Un gran dolor, un grande amor, una pasión definitiva. Eso es, en síntesis, la vida, a través del más bello de los símbolos. Antes de evadirnos, de fugarnos de los quince años

encauzamos todo el poder del espíritu hacia una ambición sin fronteras, emulante y fascinadora. Todos los reyes y los piratas, los que nacieron de cunas humildes, los que cruzaron los siete mares como polizontes, los que ganaron batallas extraordinarias, son los inmortales aventureros que acompañan al niño, que lo hacen hombre por la gracia de sus desventuras, por el azar de sus juegos peligrosos, por el amor de una doncella que vivió en la clara sombra de su virtud.

Y ahí está la escuela con su lente mágica, como el cinematógrafo, abriendo paisajes, roturando los territorios del misterio, haciendo florecer tempranamente la rosa de los sueños. Hasta la infancia ha llegado el perfume penetrante, que viene de los sucesos lejanos, el acre sabor de una vida que los historiógrafos, que los poetas musicales, que los pintores han hecho correr por ríos de cristal entre una sinfonía de luz y de cielo. Y la vida es para los jóvenes, para quienes apenas sienten que ha comenzado a rodar en sordos tumultos la sangre por entre los canales de las venas; para quienes, como ellos, poseen el secreto del tiempo y tienen abierta ante los ojos la ilímite y anchurosa visión de un mundo nuevo y fresco, que espera el poderío de su brazo y la intervención militante de su inteligencia. A lo largo de los caminos, que antes se cubrían con densas nubes de polvo y de humo, la máquina ha regado su sangre oscura que se apelmaza sobre la tierra. Ya no pasan cantando los boyeros a la luz del lucero del alba. Ahora trotan y triscan sobre el paisaje las máquinas luminosas. Los pesados automotores, cuyas sordinas rompen los trajes nupciales de la neblina.

Cuando el domingo llama a la fiesta, los cazadores se filtran por la montaña, husmean la presa tibia, acechan tras los cristales de la alborada. La ronca voz de los perros irrumpe por las laderas, hace temblar a lo lejos las zarzamoras. Otros, galopan por las veredas donde se curva la espalda de los indianos bajo el peso de los maderos. Amplias casas solariegas tiritan de frío bajo los árboles. En la portada cuelgan los zamorros de piel de león.

Místicas aldeanas que conocen el misterio de los amaneceres, viejas de pergamino, ancianos de estampa dolorosa, marchan por los caminos empujados por su fe, por su rústica fe campesina que lava todos los pecados de la vida con la presteza del manantial. Entre la colina nativa y su corazón se ha trenzado un diálogo de largas horas interminables. Han visto la germinación del maíz y de la verdura, como si se tratase de su propia vida y se han sentido crecer en cada tallo, en cada floración, en cada espiga. El seno húmedo de la tierra les ha revelado el secreto de sus acres sabores, de sus relentes constantes.

EPISODIO URBANO

En la ciudad la vida es otra cosa. En las viejas casonas y en los hogares sencillos, se han ido acumulando tradiciones, vestigios, recuerdos de otras épocas y de otros tiempos. El viejo médico cuya alcoba estaba atestada de libros y de instrumentos; cuya única pasión consistía en fraternizar con la ciencia y con la pastoril imaginación de las gentes. Le llegaban de Francia numerosas revistas que hablaban en sordos enigmas de hábiles cirujanos, de doctos enemigos de la muerte. El viejo, con su abdomen predominante, se encantaba en el jueguecillo malicioso de hurgar la sicología de la parroquia con sus desplantes de humor. La monja ojerosa que llegaba a su consultorio, el obrero jadeante, la pálida niña, el rubicundo y empedernido jugador, desfilaban por su confesionario humano exhibiendo la roja herida de su cuerpo y de su espíritu. Allí las cauterizaba el médico Pepe Martín, agregando una débil onza satírica a las tinturas y a los ungüentos. Todo Facatativá desfiló, antes de 1925, por la sala de este filósofo de provincia que vio clara y sin velos, como la luz matinal, la vida de sus conterráneos.

Estos hombres de hoy, estos respetables señores, estos patriarcas que hablan el lenguaje de la medida, que diluyen como terrones de azúcar la crítica local en el agua tráfuga de los días, recuerdan muy bien cómo a principios del siglo una alegre y alborotada tropa de rapaces invadía los predios de don Julio Sierra, allá por los lados del potrero de El Correo, y se liaba en duros trances de puños por

las más bellas e inútiles discusiones. Casi todos tuvieron el privilegio de asistir como acólitos a los oficios religiosos y vistieron los pequeños trajes talares que les daban el encargo de soñar con las mitras y la púrpura de los cardenales. Recuerdan sus horas de bellaquería, cuando hurtaban los centavos de las bandejas de plata y se tomaban al descuido el líquido amargo de las vinajeras. Cuando, más tarde, los galanes lucientes dijeron con su voz de falsetes la primera romanza; cuando sufrieron los primeros y dolorosos desengaños de amor, cuando vieron partir a la amada en el carro de las fiestas nupciales entre guirnaldas que otras manos irían a deshojar. Y los viejos militares que pasearon su escondido heroísmo por los caminos de La Tribuna y de Los Alpes y que soñaron en el robo de las mulas o en la muerte recibida con dignidad entre el humo de unos cuantos fusiles que apuntaban en las emboscadas del Aserradero, por entre las grutas de piedra. Cuentan ahora su vida los guerrilleros y un sabor regustado de sonoros episodios les colma el retazo de la existencia. Como en la oda de Darío, "señala el abuelo los héroes al niño...".

Pero ninguna emoción sacude con tanta vehemencia el espíritu, nada posee tan desgarrador dramatismo como la visión de las mujeres que fueron amadas; las que languidecen al amparo de la parroquia y custodian todavía, entre el sol y la neblina, sus dulces y aromados recuerdos; las que conservan la voz de un hombre varonil en el repliegue de la nostalgia y hablan aún de la última carta, del pedazo rugoso de papel que se pierde entre el desgastado cofre de madera. Estas mujeres

siguen amando con tenaz persistencia. La tela del sueño está deshecha, pero a través de sus hebras se teje todavía un rumoroso cántico secreto, se torna a su virtualidad, a su fascinante color, a su música inaudible.

Y, los legendarios personajes en cuya existencia adquirió tonalidades más vivas el color local. Locos, locos de remate que andaban sueltos por el pueblo y llevaban el agua en rudas múcuras de barro, a todas las casas. Que arriaban dulces jumentos de mansedumbre bíblica, que portaban los chismes y las noticias, que comentaban la vida de las gentes y ofrecían ancho tema para las charlas hogareñas. U otros que servían para amedrentar a los niños, cuya oscura estampa recuerdan los hombres de treinta años, y cuyas desgarradas vestiduras exhibieron casi media centuria. Algunos limpiaban las calles meticulosamente. Se cubrían con sacos de fique, o iban mostrando la vejez irreverente de unos sombreros de copa que hicieron la delicia de los caballeros, por las remotas épocas que ilustra la crónica.

Institutoras que guiaron el paso de jóvenes doncellas y las hicieron declamar versos decadentes que hacían llorar al descuido a los absortos espectadores de las veladas de fin de año. Maestras cuyo recuerdo evocan aún las que recibieron de su espíritu la noción del vivir y entrevieron por sus ojos y por su mente el caudaloso paisaje del mundo con su topografía rica en numerosos relieves, en altas montañas de fantasía, en plácidos arroyos de tranquilidad, en violencias pasionales de ríos revueltos, en música de plantíos en agraz, en vuelo de palomas sobre la tierra quemada.

Los numerosos políticos: los que hicieron oír su voz de acerados y rampantes matices,

allá cuando a fines del siglo no se habían asordinado aún los gritos de los fusiles que quebraban las vidas de los valientes sobre el empedrado de la plaza principal. Los que le dieron acento lírico a la pugna civil y dijeron en las tribunas con su voz de aedas toda la pesadumbre de la gleba vencida, de la que nunca supo de la alegría sana del vivir, de la que pasó sometida y agobiada por el poder de los amos. De la que sintió sobre su carne desnuda el garfio penetrante del hambre y la que vio morir a sus hijos de necesidad, de desnudez y de frío.

Toda la ciudad, en fin, con sus campanas que llaman para los más alegres sucesos y para los más tristes. El refugio de tantos hombres que hemos conocido, que hemos admirado y que hemos combatido. Todo ese núcleo humano con su apatía y su ardor, con su ambicioso coraje y sus desfallecimientos ocres, su juventud y su vejez, su riqueza y su miseria, tienen un significado anterior, un punto de referencia en la historia, un hito que lo mantiene atado al ayer. Las barbas de los abuelos todavía flotan sobre la inmensidad de nuestra vida presente; de la que vamos a perder sin que llegue el consuelo del poeta español que pedía para su muerte un día de sol y de primavera.

Rememoremos ese pasado. Hagamos un homenaje a los que se han petrificado y diluído bajo la sonora luz de la ciudad y al pie del refugio de los Zipas.

EL IMPERIO DE TISQUESUSA

CERCADO DEL ZIPA

Frías mantas de algodón dentro de un escenario de pintoresca grandeza geológica. Pielles de cobre soportando la árida embestida del viento. Árboles gigantescos amparando la desnudez de la piedra. Guerrilleros y soldados, agricultores y mujeres en desorden. Bohíos pajizos, seca y cortante presencia de la brisa del atardecer.

La tribu se congrega periódicamente en este cercado del Zipa, en este fortín de la llanura que ha visto el desfile de los soberanos por entre su pueblo. Láminas de oro que golpean sobre la morada real. Luminosos discos, refulgencia de pulidas superficies. Arsenales de flechas, ojos vigilantes de los espías, cadenas humanas que aguardan el paso de los Panches.

El gobernante posee una discreta pericia, una habilidad consumada para regir a su pueblo. No son guerreros de estirpe; sus armas apenas se han medido para rechazar a los invasores, no tienen la codicia ni la diestra pertinacia de sus hermanos gobernados por el Zaque de Tunja. Pero se han multiplicado en el culto a la naturaleza, adorando al sol y a la luna, recreándose en la cerámica elemental.

Las indias son hermosas y fieles. Rígidas leyes mantienen la moral dentro de un cerco de exactos linderos. Se castiga a los ladrones, a los detentadores del orden, con penas de una severidad draconiana. En las fiestas, en los mercados, las libaciones excitan el ardor de la sangre y la tribu danza, con toda la honda melancolía de la danza autóctona, al són de los instrumentos iniciales de percusión. Lo mismo aquí que en el alto Perú, que en Tenochitlán, que en el Cuzco, que en la tierra de los patafueguinos. Por sobre toda la América resuena el golpe hondo de la música litúrgica que mueve los pies de los indios, que los cierra en círculos de apretado dolor, que los congrega para sus solemnidades. Todas las mañanas, también, Súa abre su vientre de luz y de calor para que sus hijos subsistan, para que las doncellas enjuguen la amargura de sus penas, para que los guerreros limpien los instrumentos del combate, para que la tierra devuelva a los hombres el fruto de su intenso trabajo, para que la alegría pinte de nuevos colores el rostro de las gentes.

Por entre ese rebaño va el señor Tisque-susa, menudo, delgado y nervioso. Sobrino y sucesor de Nemequene, con derecho al trono; hereda al tío poderoso y reina con ejemplar inteligencia. Sus vastos territorios, empero, son invadidos por hombres desconocidos. No son los pálidos portaestandartes de la discordia civil, sino rubios y blancos conquistadores, buscadores de oro, insaciables aventureros, a quienes acompañan algunos frailes catequistas. Han traído de muy lejos ágiles corceles de sangre árabe, de silueta delgada, de veloces cascos lucientes. Atravesaron la manigua

y fueron diezmados. Las corazas rotas y los rostros demacrados denuncian las recientes penalidades. El gran río de la Magdalena se tragó a los más brillantes soldados y capitanes. Las fiebres les encendieron, en dolorosas marchas, el cuerpo fatigado. Arriban al fin a una tierra buena, "tierra que pones fin a nuestra pena", que dijera el cura de Tunja.

Serios combates, ligeras escaramuzas, dilatación del área conquistada, indios atravesados por las lanzas, ultimados por los mosquetes, pisoteados por los caballos, devorados por los perros de presa.

Los naturales gimen bajo el dolor de una amargura que no sospecharon, de un martirio que no presintieron, de una derrota que no esperaron. Su vida de libertad es reemplazada por el trabajo forzado. Se les coloca bajo la paternal encomienda de gentes encargadas de enseñarlos, que violando todas las normas, sigan su carne con el hierro de una disimulada esclavitud.

Los soldados de Jiménez de Quesada llegan a Facatativá y se lanzan tras el cercado del Zipa con ansiedad torturante. Alonso Domínguez, reclutado en España, entra primero a la ciudadela de tenues bohíos. Busca oro, quiere oro, necesita oro para satisfacer el padecimiento de la larga aventura. Tisquesusa guarda la ciudad sagrada. Un golpe de lanza lo arroja a tierra y allí va tiñendo lentamente el ocre y el verde con su sangre de martirio. Ahí finaliza exactamente la dinastía chibcha, porque Sagipa se entrega a los españoles y sirve de pretexto para la destrucción de los panches. Otros días después cae sacrificado en Bojacá.

Los indios se han dispersado. Ahora ya no es suya la tierra, ni los instrumentos del cultivo, ni el horizonte, ni el paisaje, ni la luz, ni el tiempo. Ahora trabajan como las bestias elementales, y sobre su espalda descargan los fardos de las mercancías extranjeras.

Los conquistadores, Alonso de Olalla Herrera y Hernando de Alcócer, abrieron el camino de Honda y agruparon en torno a esa vía de piedra, las rústicas habitaciones primarias.

En la colina de Manjuy y en Chueca aparecieron también grupos de moradores; sectores humanos de una población mixta, indios y españoles. Pero el grupo más denso se mantiene en el sitio que hoy ocupa la ciudad. Allí se congregan tan heterogéneos elementos. Desde luego, en este recodo de la sabana se dominan con facilidad todos los accesos geográficos; las vías que pueden comunicar con el alto y el bajo Magdalena, con las ubérrimas regiones templadas y calientes. Por aquí mismo han de salir, más tarde, los virreyes y los grandes de la república; por aquí pasan el oro y la mercancía. Puerto de tierra, Facatativá es de vital importancia en la colonia y a todo lo largo de la historia. Por eso, rápidamente crece y se asientan hidalgos explotadores. Surgen las encomiendas y tropas mercenarias avasallan a las tropas indígenas de agricultores y gentes de paz. Poco a poco van surgiendo instituciones, un hospital para los virulentos, una iglesia de paja y de tapia pisada, un cuadrángulo para la plaza. Se inscriben los nombres de los pobladores ilustres en los libros de la parroquia, que llevan diligentes curas entre sorbo y sorbo de chocolate. Con letras caligrafadas estampan en los registros las menores

incidencias de la vida local. Anotan las comunicaciones de su ilustrísima al pie de las partidas bautismales, comentan aterrorizados la vida cataléptica de Europa, al margen del pergamino. Y una nube de polvo va cayendo sobre los rugosos infolios. Un día arde la parroquia, las llamas consumen todo cuanto allí se conservaba; las patenas y los cálices, las vestiduras rituales, las pequeñas imágenes de barro, los papeles que demuestran la historia de la villa ilustre.

Nuevamente hay que comenzar el relato; la venida del arzobispo, las donaciones, el pago de diezmos, la defunción de los indios. Otras tazas de chocolate harán menos árdua, menos solitaria esa labor que se desarrolla entre alcaldes y regidores cuya entraña pide oro y frutos de la tierra.

Pero en muchos sitios de América se han alzado los naturales contra los amos, han roto las torvas ligaduras, han destrozado los edictos que fijan nuevas contribuciones para la Armada de Barlovento. Hasta aquí llega rápidamente ese fuego ardoroso. Por eso José Antonio Galán halla listo y dispuesto el ánimo para la guerra. Aquí los acompañan los patriotas y libran contra los españoles un victorioso combate en el puente de los Micos; y siguen tras su estrella, tras su joven estrella luminosa que anuncia días de paz y de tranquilidad. Con él perecen también, cuando la vindicta de los dominadores. Después, estas mismas gentes, maduras para la libertad, acompañan sin vacilar a los héroes de la emancipación; y caen fusilados los Grillos y los Acostas y detrás de ellos siguen muchos más buscando la muerte y exigiendo el imperio del derecho.

EL FIN DE SIGLO

ESTAMPA DE LOS HEROES Y LOS HOMBRES

En el remanso de paz, de creación civil, vuelven a su trabajo y explotan la tierra, menos inhumanamente que los predecesores. Pero las luchas políticas los sorprenden de nuevo y abandonan el hogar para ir a la guerra de hermanos. Ya no se pelea contra el invasor y conquistador, sino por el predominio de las ideas. Lava en sangre el pueblo su recorrido por la historia entre la etapa nebulosa de los primeros días y la madurez civil. A ese precio mantenemos nosotros hoy una fisonomía republicana.

Los relámpagos de la guerra cruzan por sobre la llanura tolimense, arden en el Cauca Grande, crepitan por entre las tierras de Cundinamarca. En odisea pertinaz crujen las tropas al chocar entre sí, los héroes ascienden al nivel de la historia, la mutilada carne de los soldados se hacina sobre la pampa dura y hosca. Sus cadáveres se pierden en la noche del olvido, se descomponen al aire, pueblan todos los lugares, decoran macabramente el espacio ilimitado.

Algunos de esos guerreros que fueron aprehendidos por los enemigos reciben la

muerte en los banquillos que se han levantado en las plazas públicas. En El Espinal se oyen unos disparos que siegan la vida de Cesáreo Pulido. Sobre las calles de Ibagué se rompe la existencia de Tulio Varón. Colombianos sacrificados por la guerra civil. Canto del machete y de la luz tajante, que se quiebra. Aventura que encuentra su fin, allá por las postrimerías del siglo pasado. En torno a sus nombres crece la ancha espuma de la leyenda. Resuenan por los bohíos y por los case-ríos. Las viejas se cuentan al anochecer las hazañas de los peleadores, su invicto valor, su denodada audacia, su persistente ánimo de combate. Y pasan las sombras de sus vidas refulgentes por entre la niebla del páramo, por la hondonada de los grandes ríos, en las ciudades y en el campo.

En lo alto de una débil colina que mira a la ciudad, rodeados de pinos amigos que velan su sueño, los mártires reposan muchos años en la ciudad de Facatativá. Amigos fieles y leales recogieron sus cuerpos y los amortajaron. Pusieron crucifijos de bronce sobre las carnes destrozadas; cerraron los párpados, cruzaron las manos sobre el cuerpo inerte. Un día los restos de Tulio Varón fueron conducidos a Ibagué. En la plaza pública, en la sala de la asamblea, en las calles y en el cementerio se apretujaba una vigorosa multitud. Rostros amigos, homéricos capitanes de la lucha, montaron la guardia. Nuestra voz dijo en esos momentos su profunda emoción al entregar a la ciudad maternal de Tulio Varón, sus cenizas amorosamente guardadas por el celo de mi ciudad. Sobre la caja mortuoria el pabellón de la patria resplandecía con una luz nueva.

Pasada la guerra, muchos viejos militares regresan. Por ahí, por estas calles anchas y solas se ve la silueta de un anciano de perfil aquilino. Se apoya trabajosamente en un viejo bastón de madera. Cubre su hermosa testa con un duro sombrero de copa. La estampa tiene la belleza varonil de los centuriones romanos. A su paso las gentes se recogen con emoción. Se llama el general Hipólito Isaza. Muchos más se recluyen en el ángulo solitario del hogar que pueblan con la voz de las pasadas hazañas. Un sueño de montañas y de espías, de graznar impaciente de las balas y de hondas refriegas, se esparce por las habitaciones donde unos libracos de la Francia inmortal dicen calladamente sus palabras de verdad y de revolución. Fueron anatematizados en su época; condenados sus asiduos lectores. Pero a pesar de todo regaron una simiente creadora que los llevó a la guerra y los hizo aventurar sobre el llano y domar la arisca violencia del agua. Recortes inútiles de periódicos, fotografías desgarradas y desteñidas que recuerdan un episodio, una jornada, una marcha, una victoria. Sobre el tono sepia se yerguen los sombreros de jipijapa, saltan las ruanas enormes, se ven las pesadas manos hombrunas.

Días después, convertidos a la vida civil, se les ve discurrir por las calles solemnemente. Hablan ahora de acueductos y de cosechas, de abonos y de mercaderías. Organizan la administración pública desde este concejo municipal que ha presenciado tan extraordinarias aventuras democráticas. En sus bancos se sentaron don Luciano González, los Angulo, los Gaitán, tantos otros. Prospectan las empresas más audaces para su época. Dicen de montar

una gran planta eléctrica y suscriben numerosas acciones. Levantan un monumento a los héroes en la antigua plazuela. Traen al presidente Holguín para que coloque una piedra sobre el cercado del Zipa.

**CIUDAD ANTIGUA
Y NUEVA**

LEYENDA DE AYER, VERDAD DE HOY

Por ahí andan las consejas que hablan del Cuadro de Chicuaza y que relatan sus nocturnas hazañas. Temblor de las ánimas cobardes, espantos de chicos que comienzan a nombrarlo con osadía. Los caballeros y los parroquianos, los obreros artesanos y los señoritos, chocan en las madrugadas cuando el silencio es más penetrante y duermen bajo el duro cielo los polizontes y los alcaldes. Se habla de crímenes cometidos en el Puente de las Animas, en la Casa Consistorial, en diversos lugares. Los espantos y las brujas hacen su aparición retórica. Los relatos tienen la viveza, la gracia, el candor y la lejanía de las mejores leyendas. Los hombres son asustadizos y las mujeres creyentes. Pero unos y otros se recogen temprano, apagan las farolas, soplan sobre el mechero de petróleo, llevando en las retinas una imagen fugada de blancas apariciones. En el cementerio se oyen plegarias cuando cierra la noche y blancos cirios exangües florecen entre el ciprés.

Las epidemias violentas azotan y diezman a la población. Recién pasada la guerra grande de los europeos, en 1918, los cadáveres in-

festan las calles. Los viejos médicos recetan tizanas, aguas aromadas, unturas ineficaces. El hospital alberga promiscuamente a todas las gentes.

En el centro de la plaza una antigua pila de piedra, una fuente sin mayor valor artístico, suelta sus chorros de agua para que las cañas y las múcuras de Cuscús se hinchen hasta reventar. Los muchachos meten los pies con refinada sensualidad, dentro de esa agua limpia y fresca.

Por los lados de occidente don Abelardo Forero abre un nuevo pulmón a la ciudad. Quiere recoger en él a los pobres, a los desheredados, a los obreros, a las gentes sin riqueza alguna. Años más tarde este barrio albergará a la tercera parte de la población urbana.

Ya los ferrocarriles y las carreteras han atado a la ciudad, la han envuelto, la han circundado, poniéndola en contacto con todos los rincones de la patria. La industria crece, se ensancha, acelera su ritmo pujante. El antiguo potrero de El Correo vuelve a ser asiento de la muchachada, pero ya no de aquella que se fugaba del colegio para hacer novillos, sino de la que estudia en esos mismos lugares, sitios de recreo de sus antepasados. Por allí debió verse, paseando, la figura de un muchacho alto y robusto, de viriles facciones, que gustaba de la meditación y amaba la elocuencia mística. Su nombre: Pedro Pablo Galindo.

Llegan unas viejas máquinas de imprimir con tipos de madera. Los periodistas y los cuentistas, los noveles literatos y los viriles apasionados por la política, vierten en los caracteres de Guttember su retenida emoción.

Escriben panfletos admirables Enrique Apon-
te y otros. Están influídos por el lengua-
je violento, por las ruidosas metáforas, por las
imprecaciones temerarias. José Vicente Rizo,
Luis Felipe Latorre, Gregorio Lara Cortés se
hacen a la vela y pergeñan páginas de corte
clásico. Jorge E. Ruiz L., escribe sonetos de
una honda sensibilidad y de una fuerza crea-
dora maravillosa. Tienen el acento de la poe-
sía de Flórez, que hace estremecer a sus con-
temporáneos. Las reinas del Trabajo, son co-
ronadas el 1º de mayo, en vistosas veladas tea-
trales. Los caballeros montan cuadrillas de bi-
cicletas, que efectúan difíciles acrobacias en
la plaza y en las calles. Llevan banderitas con
los colores de la patria y reciben la consagra-
ción de la ciudad.

Hay dramones que dejan recuerdo para
toda la vida y que se llevan a escena en la
sala de doña Virginia Alonso de García. Gon-
zalo Gobelay deja una huella imborrable con
Los Espectros de Ibsen. Muy a la inglesa las
gentes concurren todos los domingos al hipó-
dromo donde se corren famosos caballos de
Dámaso Sarmiento, de Leonidas Bermúdez, de
tantos otros. Por esa época la novedad de los
automóviles y de los radios agolpa a multitud
de curiosos en los alrededores del casino de
oficiales. Miguel Mor posee un lujoso conver-
tible que se aprecia como el más valioso signo
de la riqueza.

Don Emilio Cifuentes y el general Deudo-
ro Aponte, varias veces excomulgado este úl-
timo, enseñan las ciencias elementales. Hay
una brillante sociedad de abolengos. Se bebe
Brandy francés, copiosamente. Los hidalgos
montan espléndidas bestias ricamente enjae-

zadas. Usan leontina de oro que les cuelga sobre el abdomen, dijes de rara factura, libras esterlinas, revólveres diminutos. Son aficionados al juego de la baraja. Fortunas respetables se quiebran sobre la banca. Almacenes poblados de mercancía cambian de dueño por la suerte veleidosa de los naipes.

Ahora la ciudad es capital del Departamento. Tiene palacio de gobierno, funcionarios, tribunales, consejeros electorales, protocolo gubernamental. El señor Gobernador se pasea por el atrio en compañía de los notables. De vez en cuando el general Rafael Reyes, Presidente de la República, viene a la ciudad. Se encasqueta una gorra de cuero que le da la apariencia de un marinero fuerte y hercúleo. Es un gobierno de generales. Elisio Medina es el Gobernador y reside en la mejor mansión del lugar. La casa que luego pasó a la familia Forero. Durante cinco años es la sede del poder seccional. Sobre la parte frontera del edificio se halla esculpido severamente el escudo de la república. Jurisperitos, políticos, intrigantes, circulan por los anchos corredores. Hay una manera estirada de andar y de conversar. Enrique Olaya Herrera ejerce aquí las funciones de miembro del consejo electoral, con Francisco Samper Madrid y otros prominentes ciudadanos. Días después es nombrado juez municipal, y ejerce el cargo, Luis Felipe Latorre.

El cabildo fija los sueldos a razón de treinta pesos mensuales para el alcalde, para el juez, para el tesorero. Los legajos de los archivos contienen los partes de la comandancia civil y militar que ejercieron varios soldados a principios del siglo. Las notas caligra-

fiadas de los escribientes; la posesión de doña Manuela Ayala de Gaitán, quien ejerció el cargo de maestra de escuela.

Posteriormente todos los oradores de todos los partidos vienen a Facatativá. Aquí se oye la voz de Olaya, de Restrepo, de Santos, de Suárez, de Concha, de López, de Gaitán. Y aquí, también, la de los mozos de la localidad. El tremendo diapasón de Carlos Julio Forero, la aguda voz de Jorge Ruiz, la de Manuel Cuervo, la de Manuel Antonio Arciniegas, la de Aquilino Gaitán, la de Abelardo Forero Benavides, la de Eduardo Murcia y las más frescas de Pedro Vicente Galvis, de Julio Peña Peña, de Alfonso Tocancipá Baena.

Pero, nos encontramos ya en la época actual, la de los contemporáneos, la de los hombres de hoy. La que se marca con el asfalto invasor, con la red de alcantarillas completas, la que habla de concentraciones escolares y de hospital y de colegios numerosos. La de hoy, cuando la ciudad cuenta con más de ciento sesenta mil pesos de renta anual y cuando confronta crisis de habitaciones para albergar a la creciente población; ahora cuando está industrializada y complejas máquinas de factura europea producen en serie artículos para todo el país. Cuando supera año por año los rendimientos y abre nuevos y ambiciosos programas de trabajo; cuando espera tener su parque arqueológico en el terreno que adquirió la Nación para ese efecto, por la tenacidad de Julio Peña. Cuando cree tener pronto edificios para el colegio Emilio Cifuentes y para los cuarteles de la escuela de transmisiones. Cuando densamente poblados de infantes se hallan los colegios secundarios y las escuelas urba-

nas y rurales. Cuando los comerciantes y los agricultores, los ganaderos y los artesanos encuentran que existe una numerosa demanda de productos y no hay manera de satisfacerla. Cuando la tierra espera que empresarios conocedores funden una compañía de urbanizaciones con pingües rendimientos. Cuando se piden más teatros y más empresas, más formas de trabajo, mayores servicios sociales, pavimentación de las vías que aún no tienen este adelanto. Cuando la juventud quiere que se le dé oportunidad de aprendizaje técnico que la liberte de los males como la empleomanía o el estancamiento en fáciles ocupaciones. Cuando se quiere estudiar para las profesiones liberales y se busca la manera de hacer posible esa aspiración.

Esta ciudad de hoy, con tan vigorosas perspectivas, con tan claros derroteros, tiene que proseguir con mayor ímpetu su empuje, su tensa marcha hacia el futuro. Aquí se han congregado deportistas de Cundinamarca que volverán luégo y es necesario tener estadio amplio para recibirlos. Aquí llegan gentes de todo el país a buscar el poder bienhechor del clima, y es preciso tener agua abundante, evitar la impiadosa tala de los bosques, promover el establecimiento de nuevos hoteles cómodos y capaces. Se hace necesario atraer a la industria nueva y al capital foráneo, a los turistas que quieren conocer esa monumental obra de la creación que es el Cercado del Zipa. Insuperable paisaje, lugar que atraería en cualquier rincón del mundo, motivos pictóricos inapreciables, laboratorio para el investigador de la historia, sitio de veneración a la memoria de los antepasados.

Por el abierto corazón de la ciudad discurren todos los vientos de la patria, de su cultura, de su desarrollo social y económico. Está servida por los jóvenes de las recientes generaciones; todos ellos aprendieron el amor al terruño desde la infancia y tienen la vocación y la decisión de servir los destinos comunales. Hay un sentido estricto del decoro personal, que rige a la ciudad y prolonga la tradición de su cultura civil. Jamás el regionalismo ha manchado su historia. Facatativá es el hogar de todos, de los que llegan para prosperar, de los que se acogen a su amparo con el ánimo de vivir la excelencia de su paisaje físico y humano, de su helada brisa matinal, de su hospitalaria hidalguía.

De inmemorial fundación, con servicios a la República y un abierto coraje en defensa de la libertad, esta ciudad llega hoy a su madurez ocupando puesto principal en Cundinamarca y en el país. Sus hijos le han servido a la Patria en todos los frentes de lucha, han prestado invariable concurso a las más nobles empresas del espíritu.

Esta época de su historia recoge profundamente toda la savia del pasado y la transforma en nueva fuente de fresca e inagotable energía.

EL AMBIENTE

LA CIUDAD VISTA POR DENTRO

Reproducimos, a continuación, el estudio monográfico publicado en 1944, en el libro "Cundinamarca al Día":

Fundación—Facatativá, viene del chibcha "Faca-ta-tihiva", que quiere decir: "Cercado fuerte al fin de la llanura". Los Muisca la llamaron también "Tocatativá". Fue residencia del Zipa. Sus primeros civilizadores fueron Alonso de Olalla Herrera, capitán de Fredermán y Hernando de Alcócer, quienes abrieron el camino de Honda.

La población, pues, es de origen precolombino. La versión histórica más correcta es que el poblado indígena estuvo situado, hasta la llegada de los conquistadores, en las faldas del cerro conocido con el nombre de Manjuy. También existió un poblado en el sitio llamado "Cercado de los Zipas", donde se encuentran las Piedras de Tunja. Con posterioridad a la Conquista, se trasladó la población al lugar que hoy ocupa.

Situación geográfica—La ciudad está situada a ocho leguas de Bogotá a 0° 15' 0" de longitud occidental; 4° 45' 25" de latitud nor-

te, y a 2.416 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura media de 14 grados. Midé 186 kilómetros cuadrados de superficie.

Orografía e hidrografía—Facatativá está situada en el extremo occidental de la sabana de Bogotá, donde ésta se cierra en dos ramificaciones de la cordillera Oriental, constituídas por los cerros del “Aserradero” y “Santa Elena”, de los cuales uno sigue la dirección de Occidente a Sur, formando el cerro de Manjuy, y el otro de Occidente a Oriente, formando los cerros de Churrasí, Piedrecitas y Mansilla, para terminar en el punto de la Vuelta del Cerro, en el camino que conduce a Subachoque. Del ramal que sigue en dirección O.E. en el cerro denominado “Los Andes”, nace el río Muña, cuyas aguas corren de N. a S. hasta desembocar en el río Subachoque, tributario del Bogotá, sirviendo de receptor principal de vertientes de escaso caudal que afluyen a él de los dos ramales. De la misma cordillera nacen los riachuelos de Botello, cuyas aguas se aprovechan para el colector principal de la alcantarilla, y Mansilla del cual se provee de aguas el acueducto de la ciudad en el sitio de Puente Pino. Todas estas aguas forman parte de la hoya hidrográfica del río Bogotá.

Vías de comunicación—Están formadas por los ferrocarriles de Cundinamarca y Girardot-Tolima-Huila, que la ponen en contacto con el río Magdalena, alto y bajo. El primero la comunica con todo el occidente del Departamento y del país. Tiene su terminal en Puerto Salgar, frente a La Dorada, de donde parte el ferrocarril a Ibagué. El segundo, con Girardot e Ibagué y con la carretera al mar, por Buenaventura. Las carreteras la vinculan

a Villeta, Guaduas, Honda, Cambao, Manizales, etc.; lo mismo que a La Vega, Nocaima, San Francisco, La Mesa, Anolaima, Bogotá y el resto del país. Por este aspecto Facatativá es un nudo de las comunicaciones nacionales. Partiendo de esta ciudad se puede llegar por ruedas a cualquier sitio del país y a las capitales del Ecuador y Venezuela. La carretera a Bogotá y la de Villeta se hallan pavimentadas y asfaltadas; el recorrido a Bogotá se hace en automóvil o en bus, cada media hora, en un tiempo aproximado de cuarenta o cuarenta y cinco minutos. A Villeta se viaja en dos horas; a Puerto Salgar en cuatro. Al aeródromo de Techo en treinta y cinco minutos.

Aspecto político-administrativo

Es capital de la provincia y cabecera de círculo para los efectos judiciales, administrativos, notariales, de registro, de zona escolar. Ejerce la jurisdicción en estas ramas, sobre un extenso núcleo de poblaciones de las más importantes de Cundinamarca, en un total de quince, que se extienden desde el centro de la sabana hasta las márgenes del río Magdalena en su sector navegable por barcos de hondo calado. Fue capital del Departamento a principios del siglo y su importancia crece aceleradamente cada día.

Población—Actualmente tiene una población de 16.000 habitantes, de los cuales residen en el área urbana 11.000. Por este aspecto Facatativá es la tercera población de Cundinamarca, en cuanto se refiere a la densidad de la población urbana. Después de Bogotá y Girardot, ocupa el lugar más destacado. Reúne

las condiciones sociológicas más provechosas para su futuro; pues mientras la riqueza agraria se ensancha prodigiosamente, el centro de la población adquiere mayor importancia en virtud del crecimiento de sus habitantes.

Demografía—El promedio de nacimientos es 480 contra 160 defunciones anualmente.

Presupuesto—El presupuesto ordinario de rentas y gastos del municipio, se calcula en 150.000 pesos, aproximadamente, de entradas reales. Con la revisión catastral subirá en no menos de veinticinco mil pesos, quedando así con ciento setenta y cinco mil pesos de presupuesto anual. Además, es digno de mencionar el hecho de que su existencia fiscal está totalmente saneada, pues no tiene deuda de ninguna clase.

La propiedad raíz de la entidad municipal es sumamente valiosa y está constituida por edificios de sólida arquitectura moderna y otros bienes cuantiosos.

Industria y comercio—La industria ha tomado un auge esplendoroso en los últimos tiempos; la Compañía de Luz y Molino Moderno, el establecimiento industrial más antiguo de la localidad, transforma el trigo de la región en las afamadas harinas "Suprema" y otras de inmejorable calidad. La factoría está instalada en un edificio de cinco pisos y cuenta con maquinaria moderna recientemente adquirida en Inglaterra. Su producción abastece el comercio local y el de la capital de la república. Esta misma compañía suministra el servicio de alumbrado y energía eléctrica, diurno y nocturno, para la ciudad.

La Compañía Fleischmann Inc. de Colombia es una poderosa firma industrial que

posee mercados nacionales e internacionales. Tiene instaladas sus plantas en el sector occidental de la ciudad. Es una de las empresas más ricas de este país y emplea maquinarias de último modelo con técnicos especialistas. Próximamente ensanchará su producción.

Las fábricas de vinos Yenisey, que producen más de quince especialidades, están sumamente acreditadas y su propietario don Campo Elías Muñoz, abre cada día nuevos mercados para su industria. Próximamente construirá un bello edificio de gran capacidad.

Las jabonerías La Estrella, las fábricas de materiales de construcción, de zapatería, etc., dan a la población un ritmo creciente y febril de actividad, lo mismo que los vastos talleres del ferrocarril, donde un grupo como de cincuenta obreros reparan diariamente, bajo la dirección de don Luis Melo Jiménez, todo el material rodante de la vía a Girardot y a Bogotá.

El comercio, con casas tan respetables como la de Valbuena Hermanos, Rafael Torres, Alejo Latorre, Miguel Cubillos, Luis R. Rueda, Alcides Matiz, Rafael Sánchez y muchos más, abastece toda la rica región de occidente.

Ahora bien: la característica fundamental es la de la riqueza agrícola y ganadera: hacendados como Jenaro Parra, Emiliano Grillo, Raúl Jimeno, Néstor García, Nemesio Izquierdo, Federico Castro y muchos más, han formado verdaderas selecciones de productos agrícolas como el trigo, la papa, el maíz y la cebada.

Las ganaderías están en un proceso de perfeccionamiento en cuanto a la selección de las razas. Don Nemesio Izquierdo posee uno

de los hatos más numerosos a base de vacas de vientre de las mejores que se conocen en Colombia. Tanto es así, que sus productos vacunos han ganado los primeros premios en las exposiciones pecuarias. El movimiento ganadero de cada año vale más de cuatro millones de pesos. La producción de trigo abastece el consumo local y los grandes excedentes salen hacia Bogotá.

Aspecto cultural—Treinta y cinco establecimientos educativos, hablan muy alto de la actividad cultural en Facatativá. En el centro hay diez y ocho escuelas públicas de primera enseñanza, 11 de niños y 7 de niñas. En el sector rural se hallan ubicadas seis. Funciona en la localidad el colegio nacional de segunda enseñanza “Emilio Cifuentes” con un anexado preparatorio. Tiene en total cerca de 300 alumnos. El colegio San Luis Gonzaga, regentado por Alcides Trejos, es un centro educativo de vasto y merecido prestigio, por la dilatada labor pedagógica que ha adelantado. El Instituto Técnico Femenino, el Colegio de las reverendas Hermanas de La Presentación, el del Carmen y otros más dedicados a la enseñanza infantil. La población que recibe educación en estos establecimientos se calcula en más de tres mil quinientos niños de ambos sexos, procedentes de la ciudad y de los pueblos circunvecinos. Además, existe una escuela complementaria, que es una de las mejores del Departamento. Está dotada de todos los servicios con laboratorios, etc. Su costo es de más de sesenta mil pesos y está edificada en la gran concentración de edificios para la instrucción pública que se ha establecido en el Barrio Obrero.

Existen, también, centros de estudios e investigaciones, de carácter científico y literario. En cada uno de los colegios hay un centro de esa naturaleza. Como filial de la Academia de Historia de Bogotá, se fundó el centro de historia de Facatativá, integrado por un grupo respetable de intelectuales.

Bibliotecas—Con no menos de tres mil volúmenes presta servicio público la biblioteca de la parroquia, dotada de numerosas obras de gran valor científico. Además, funciona la biblioteca “Eduardo Santos”, fundada por don Eduardo Contreras, con toda la serie de la recopilación de Daniel Samper Ortega y volúmenes nuevos, recientemente adquiridos.

Imprenta y banda de músicos—La imprenta municipal satisface las necesidades editoriales de la localidad, aun cuando en forma deficiente. La banda de músicos es un conjunto admirablemente dirigido por el maestro Agustín Villamarín, reputado artista compañero de Jerónimo Velasco y otros compositores. Semanalmente se dan retretas en la plaza principal y en el parque, a base de las grandes obras clásicas y populares.

Grupo escénico—Está integrado por elementos connotados de la ciudad. Bajo la dirección de Carlos Julio Forero Rubio, ha logrado cohesionarse y en la actualidad está considerado como de un valor artístico insuperable. Lleva el nombre de Jacinto Benavente y ha llevado a la escena “La Malquerida”, “Juan José”, “Como los Muertos”, “Víboras Sociales”, “Casas de Cartón”, “Los Dos Sargentos”, “De Mala Raza”, “El Lobo” y otras muchas obras dramáticas nacionales y extranjeras.

Teatros—Existen dos en la actualidad y próximamente será construído un tercero de gran magnificencia y comodidad. Diariamente se dan cuatro funciones de cinematografía, en vespertina y noche. Las películas son las mejores que llegan a Bogotá, y se exhiben a precios bajos. Los teatros se llaman: Teatro Virginia Alonso y Salón Cultural. En ambos ha actuado el conjunto Jacinto Benavente.

Templos y capillas—La iglesia central es un suntuoso monumento arquitectónico, de orden toscano en el exterior, y corintio en el interior; con elegantes columnas de piedra estucada, arcadas bellísimas cinco naves de 60 por 30 metros, numerosas esculturas europeas, instalación completa de sonido eléctrico y preciosa ornamentación. Tal obra fue iniciada en 1870 y concluída en 1895. En una de sus dos torres hay un enorme reloj de cuatro caras; en la otra está el campanario y bueno es anotar que la aleación de las campanas está hecha a base de platino, por lo cual tienen éstas una sonoridad musical perfecta. A semejanza de las rocas chibchas que eran altar y fortaleza a un tiempo, esta iglesia ha sido también castillo militar; allí se atrincheraron las fuerzas conservadoras en la sangrienta batalla del 15 de enero de 1902. Las capillas del Colegio de La Presentación y del Hospital de San Rafael son modernas y preciosamente decoradas. Se está terminando una nueva en el Barrio Obreiro, frente a la concentración escolar, de estilo mudéjar.

Hospital de San Rafael—En un edificio que es un orgullo para Facatativá por su gran capacidad y belleza ornamental, está instalado el hospital provincial de San Rafael.

Pabellones destinados a las diversas enfermedades, sala de cirugía, botica, capilla, sala de maternidad, pensionado y servicios especiales, forman el conjunto de esta gran obra, cuidadosamente conservada, siempre aseada y llena de luz y confort. El síndico, don Carlos Caycedo, ha sido factor de adelanto y progreso permanentes. Los profesionales médicos de Facatativá han practicado allí intervenciones quirúrgicas muy delicadas, con buen éxito. El médico interno, doctor Néstor García, atiende con sumo cuidado y desvelo constante la marcha del hospital. El cirujano doctor C. Alberto Amaya ha tenido a su cargo la sala de cirugía. Existe la consulta externa, que atiende gratuitamente a los enfermos pobres y les suministra drogas. Este ha sido un factor esencial para la lucha sanitaria que se adelanta con resultados satisfactorios en el municipio. La administración interna corre a cargo de las Hermanas de La Presentación. Los doctores Enrique y Rafael Peña Peña han practicado asombrosas intervenciones quirúrgicas.

Plaza de ferias—Una de las más hermosas y concurridas. Tiene pabellones especiales para los ganados porcinos, vacunos y caballares; báscula, bañaderas con servicio eléctrico, embarcadero de animales y corralejas de cemento. Funciona allí un bar-restaurant muy bien atendido. Los planos son modernos y el conjunto es de enorme belleza. El movimiento que semanalmente se desarrolla en esta gran plaza, vale cientos de miles de pesos y en el año sube de los seis millones. Los miércoles es la feria semanal de ganado, que abastece también todo el occidente y a Bogotá. Ejemplares valiosísimos son traídos allí, por sus dueños, los mejores y más ricos ganaderos de la sabana.

Puesto de monta—En diez fanegadas de un excelente terreno, ubicado frente a la plaza de ferias y con acceso directo al ferrocarril, el puesto de monta es una obra de incalculable importancia económica. Dotado de todos los servicios modernos, su influencia se prolongará cada día en beneficio de la riqueza comunal. Esta obra colosal se debe al empuje del doctor Eduardo Murcia Forero, ex-Diputado a la Asamblea del Departamento.

Casa de Gobierno—De propiedad del Municipio, este edificio, que es el más importante y valioso de todo el sector urbano, aloja a los funcionarios del órgano judicial y administrativo del circuito, la Recaudación de Hacienda y el cuerpo profesional. Fue construída durante la administración departamental del doctor Elisio Medina, quien ejerció en ella las funciones de Gobernador del Departamento.

Estación del Ferrocarril—Con un intenso movimiento de trenes, —cada hora u hora y media—, la estación alberga todas las oficinas del ramo. Tiene también un elegante bar-restaurante abierto a toda hora. En un sector vasfísimo quedan las bodegas de carga y otras dependencias anexas.

Parque de Santander—Con un busto del gran prócer colombiano, obra del escultor nacional Luis Pinto Maldonado, este parque fue consagrado a la memoria del hijo de la Villa del Rosario, en el primer centenario de su muerte. El biógrafo de Santander, Osorio Lizarazo, pronunció la oración respectiva. El parque es de líneas modernas; tiene un gran valor histórico, como que en él la ciudad rindió también tributo a sus mártires de la guerra emancipadora. Espléndidamente cultiva-

do y florecido, con una preciosa iluminación moderna, el parque es lugar ideal para el sosiego y el idilio.

Plaza principal—Completamente asfaltada y decorada con motivos coloniales, la plaza es de las más amplias y regulares. En el centro se colocará un monumento a Tisquesusa, el último de los soberanos chibchas, sacrificado en Facatativá.

Servicios públicos—El acueducto está prestando un buen servicio. Próximamente se ampliarán los tanques de captación y se construirán obras de ensanche. Hay alcantarillado en toda la población y el del Barrio Obrero se terminó este año, con una partida que al efecto le votó el fondo de Fomento Municipal.

El Matadero, aun cuando de estilo antiguo, es suficiente e higiénico. Las calles están en magnífico estado en cuanto al pavimento y al aseo. Hay servicio telefónico con el país, por dos líneas distintas y correos y telégrafos, aéreos y terrestres.

Hoteles y restaurantes—Existen cuatro hoteles de primera categoría: el Central, el Granada, el Santander y el Nuevo, y alrededor de unos cuatro o seis de segunda categoría. Todos muy bien atendidos, con aseo esmerado y magnífica alimentación. Además, restaurantes como La Bomboniere, La Cita, el Bar Lux, y otros con toda la comodidad y elegancia.

Clubes sociales y Centros deportivos—El Club Unión es el lugar de cita en la ciudad, para los aficionados al billar, el tresillo y el póker. En amplios y cómodos salones se juega hasta horas avanzadas, en medio de una gran cultura y animación. También existen diver-

siones de esa índole en La Bomboniere y en el Café Real. La vida nocturna es intensa y plena de colorido.

Las escuelas tienen equipos de foot-ball y basket-ball. Se practica el "alpinismo" en el cerro elevadísimo de Manjuy. Con cueras y garfics se asciende la peligrosa roca para contemplar desde la cima el paisaje del Magdalena. Hay centros de cazadores, animados por don Héctor Hernández y don Alejandro Isaiza. Uno de los más destacados deportistas es el doctor Hipólito Parra S.

Profesionales—Los hay en gran número; médicos, abogados, dentistas, ingenieros. Entre los primeros, los doctores, Luis Alberto Forero Rubio, Néstor García, Enrique y Rafael Peña Peña, Carlos Gallego y Carlos Alberto Amaya; entre los segundos, los doctores Guillermo Hernández Rodríguez y su hermano Alejandro, Fernando Anzola, Hernando Pulido Melo, Juan Romero, Manuel Antonio Arciniegas, Campo E. Achury, Hipólito Parra S., Julio Peña Peña, Eduardo Murcia Forero, Pedro V. Galvis P., Aquilino y Gustavo Gaitán Azuero, Alfonso Tocancipá Baena, Julio César Olaya, Enrique García Ramírez, Julio Ernesto Forero y muchos más; entre los terceros, Gustavo Velandia, Arturo Gaitán y tres o cuatro más; y entre los últimos, Ernesto Amaya, Efraím Pinto y Germán Domínguez.

Además, este cuerpo profesional cuenta con la cooperación de numerosos elementos que lo asesoran. El Hospital de San Rafael viene preparando un equipo de enfermeras que contribuyen a intensificar la campaña sanitaria y atienden los servicios de puericultura.

Instituciones bancarias—Funciona una sucursal de la Caja de Crédito Agrario, Industrial y Minero; la Caja Colombiana de Ahorros tiene establecida una sucursal muy bien atendida; además existe otra del Banco Postal Nacional. Estas entidades movilizan enormes sumas de dinero que le dan una importancia extraordinaria al comercio mercantilista. Todas tienen edificios adecuados y se rigen por la organización bancaria más perfecta. La Caja de Crédito ha colocado entre los campesinos y agricultores semillas y herramientas de la mejor calidad y ha hecho préstamos en grande escala.

Estadio—Con canchas de futbol y basquet, lo mismo que de tejo, tennis y un gimnasio completo, el estadio se halla ubicado hacia el oriente de la ciudad, aprovechando los terrenos del antiguo cementerio. Fue fundado por don Jorge Torres R., quien tiene allí también un vivero para la repoblación forestal de las hoyas hidrográficas.

Bellezas naturales y sitios de recreo—Existen los monumentos naturales, llamados “Cercado de los Zipas” o “Piedras de Tunja”, de tanta importancia para el estudio de la prehistoria, como las de San Agustín en el Huila, tanto por su belleza como por las inscripciones aborígenes que las decoran. La piedra de los Zipas mide, sin contar las adherentes, sesenta y un metros de longitud, quince metros con setenta y cinco centímetros de altura y catorce de fondo en la parte más alta del techo que cubre toda la extensión vertical, dándole la apariencia de un dolmen gigantesco. Es de formación sedimentaria y con las otras del mismo grupo revela en sus estratos el di-

verso nivel de las aguas que debieron cubrir el terreno lacustre en que se halla. Conserva las huellas de animales fosilizados y muy bien marcadas las de un boa, un pez, etc. Fue oratorio, fortaleza y finca de recreo chibcha y está decorada con jeroglíficos indígenas, que al traducirlos el paleólogo, daría la clave de ignoradas leyendas. Allí pereció en mil quinientos treinta y ocho, víctima de Alonso Domínguez, soldado de Gonzalo Jiménez de Quesada, el penúltimo soberano aborigen, Tisqueusa, sobrino y sucesor de Nemequene, realizándose así la extraña predicción del Jeque de Ubaque, Popón, al interpretar un sangriento sueño del Zipa. El veinticuatro de octubre de mil novecientos quince, fue inaugurada allí la galería liberal de retratos al óleo pintados en la roca al doble del tamaño natural, con las efigies de Francisco de P. Santander, Manuel Murillo Toro, Ricardo Gaitán Obeso, Rafael Uribe Uribe y Cenón Figueredo. Cerca de esta piedra colocó el doctor Carlos Holguín, como presidente en mil ochocientos ochenta y nueve, la primera piedra del monumento que mandó erigir el Decreto número 560 de ese año.

El Congreso Nacional ha expedido varias leyes para la compra de dicho terreno y la construcción de un gran parque histórico en ese sitio bellísimo. Tales leyes se han hecho efectivas gracias al empuje de Julio Peña, y otros notables elementos jóvenes. Dice la tradición que el oratorio del Zipa está comunicado con el cerro de Manjuy por medio de un subterráneo que atraviesa la ciudad de oriente a occidente, en una extensión de seis kilómetros, y que en él se sepultó el Zipa con to-

dos sus tesoros y esclavos para evitar ser víctima de la codicia de los conquistadores. La leyenda no deja de tener su verosimilitud, pues en el cerro de Manjuy existe un gran salón formado por las rocas, rodeado de cráneos humanos y con una abertura por la cual han intentado penetrar los turistas sin llegar al término de la galería que tiene un descenso aproximado de seiscientos metros. No existe en el país un monumento más bello ni más importante que éste. Solamente se le puede comparar con los templos incaicos del Perú o con los grandes monolitos aztecas.

Cuevas y puente de los micos—Con las piedras de Tunja, estas maravillas naturales complementan el rico, variado y atrayente paisaje prehistórico que circunda a la ciudad. A pocas cuadras de la plaza principal, al sureste de la ciudad, el río Facatativá se hunde repentinamente en el abismo, abierto al pie del Puente de Los Micos. Por entre rocas enormes de la más variada estructura, a más de veinte metros de profundidad, sigue el río su curso al este en un trayecto de varios centenares de metros. Sobre la calzada que conduce a Bogotá, una gran piedra granítica sirve de puente y al pasar por ahí se oye el sordo ruido de las aguas subterráneas. Las cuevas tienen varias entradas abruptas pero accesibles al interior, teatro de las más pintorescas exploraciones estudiantiles, por ser bellísimos los remansos y cascadas que forman el río entre las amplias galerías amuralladas por las rocas del subsuelo. Allí libraron José Antonio Galán y Nicolás Vesga, héroes y mártires de la guerra de los Comuneros, un victorioso combate contra las fuerzas españolas en la tarde

del 27 de mayo de 1781; los facatativeños se unieron a las tropas de Galán y obtuvieron el triunfo de "El Roble".

Cementerios—Existen dos en la actualidad. El católico, ubicado al oriente y el laico, hacia el suroeste. El primero ocupa un ancho sector y está construido con toda la técnica moderna; el segundo fue inaugurado el 8 de septiembre de 1911, inhumando el cadáver de don Matías Sierra. Allí reposan también los restos de los generales Cesáreo Pulido, Tulio Varón y Ramón Chaves, los cuales fueron trasladados solemnemente el 19 de octubre de 1913.

Plaza de mercado—Se construirá una amplia plaza que posiblemente quedará ubicada sobre la vertiente de las comunicaciones ferroviarias y carreteras. Actualmente existe un moderno pabellón para el expendio de carnes. La higiene es escrupulosa. El costo de la plaza se calcula en cerca de \$ 200.000 y las gestiones están muy adelantadas.

Barrios obreros—Existen tres, que son: el de Pensilvania, el de San Cristóbal y el de Chapinero. Todos ellos han sido urbanizados rápidamente y albergan una crecida población de obreros y de industriales. Próximamente se levantará otro barrio modelo, destinado para los ferroviarios. Existe ya una partida para tal fin.

Administración municipal—Está integrada por elementos jóvenes en su mayoría. (1). La nómina es la siguiente: Alcalde del Circuito Judicial, doctor Jorge Torres R.; Personero Municipal, don Rafael Torres; Tesorero Municipal, doctor Ernesto Anzola; Juez Mu-

(1) Estos datos corresponden a 1944.

nicipal, doctor Ignacio Ramírez Sánchez; Director de Higiene, doctor Carlos Gallego; Inspector de Higiene, don Fernando Cancino M.; Inspector de Policía, don Emiliano Gaitán; Director de Circulación y Tránsito; don Carlos Bigott P. Además, cooperan en cargos de responsabilidad en la administración don Carlos Puerto, don Ricardo Maz M., don Luis Rojas, don Luis José Sierra, don Julio Zuleta, don Filadelfo Torres, don Carlos Forero, don Jorge Rojas, don Justiniano Rodríguez, don Lázaro Piñeres y García, don Luis Chacón, doña Beatriz de la Torre y otras distinguidas personas de la localidad.

Concejo—Está presidido por el doctor Eduardo Murcia Forero, diputado a la Asamblea de Cundinamarca, e integrado por don Carlos Caicedo, don Pantaleón Cancino S., doctor Luis Alberto Forero Rubio, don Antonio Celemín, don Jorge Hernando Rico Duque, don Ismael Arévalo, don Carlos Suescún, don Alfonso Aguirre D., don Eduardo Contreras, don Eliécer Camacho, don Rafael Rubio, don Joaquín Santos y otros distinguidos caballeros. El doctor Abelardo Forero Benavides, ex-ministro de Estado, y el doctor Jorge Zamudio Aguirre, ex-Secretario de Educación de Cundinamarca, son miembros principales del H. Concejo.

Cura párroco—Desempeña esas funciones el Reverendo Padre Julio Rodríguez Palacios, varón dotado de claras virtudes apostólicas, caballero ejemplar y hombre de un dinamismo portentoso puesto al servicio incondicional y resuelto de la ciudad.

Sindicatos—La subdirectiva de los sindicatos ferroviarios de Girardot, Tolima, Huila

y Cundinamarca, fusionados, tiene su sede en esta ciudad. Son los líderes más destacados, don Antonio Celemín, don Ismael Arévalo, don Carlos Suescún, don Jorge Hernando Rico Duque, don Hernando Rico y otros individuos luchadores de la causa obrera, que han librado victoriosas jornadas en favor de su ideal. El sindicato cuenta con amplios salones de reunión donde se dictan conferencias culturales y se propende por el engrandecimiento obrero. Además existen otros sindicatos de oficios diversos, que están en vía de organización.

Periódicos—Se editan actualmente “El Fígaro”, semanario liberal de gran vuelo, dirigido por el doctor Hipólito Parra S., y “Patria”, quincenario fundado por José Vicente Alarcón, que ha prestado grandes servicios a la causa social.

OBRAS DE INMEDIATA EJECUCION

Acueducto—El aspecto legal para la solución de este problema, está resuelto. Se espera que la Gobernación y la Nación den cumplimiento a los contratos respectivos. La ciudad será dotada de agua abundante que se tomará de las vertientes de El Dintel y Los Manzanos.

Energía eléctrica—Igualmente, se hallan perfeccionados los instrumentos legales. Facativá tendrá un servicio completo, suministrado por el Instituto de Fomento Hidroeléctrico.

Plaza de Mercado—Se activan las gestiones para contratar un empréstito con esa finalidad. Ya se ubicó el lote correspondiente.

Edificio para el Colegio Nacional—Hay necesidad de realizar esta gran iniciativa, para lo cual será preciso un esfuerzo tenaz de todos los habitantes.

Cuarteles para el Ejército—Esto constituye una de las más trascendentales medidas para el prestigio de la ciudad y para su economía interna. También solicita el concurso porfiado y permanente de la ciudadanía.

Urbanizaciones—Si la ciudad no se ha ensanchado más, se debe a la carencia de casas y habitaciones de tipo nuevo, cómodas y dotadas de los servicios modernos. Una Compañía urbanizadora haría utilidades respetables y facilitaría ciento por ciento el progreso de Facatativá y el bienestar de las gentes.

**CUARENTA AÑOS
DESPUES**

MEMORIA DE LOS HISTORIADORES

En 1907, Luis María Mora, (Moratín), escribió las primeras páginas que se conocen, sobre la historia de la ciudad. Este folleto fue publicado por esta misma Imprenta Departamental, y de él extractamos unos importantes apuntes, consagrando un agradecido recuerdo a la memoria del ilustre escritor e historiador.

El trabajo de Mora está dedicado al Gobernador Elisio Medina y a la Municipalidad de Facatativá (entonces capital de Cundinamarca), que estaba compuesta por los doctores Urbano Londoño, Inocencio de la Torre, José Francisco Martín, Rafael Montes, José Gregorio Hernández, General José Copete Baños y don Luciano González.

“NOTAS HISTORIALES SOBRE FACATATIVÁ

Al occidente de Bogotá, ciudad del águila negra, villa de Virreyes y Oidores y asiento ahora de las supremas autoridades de la Nación, se halla situada, casi al terminar la in-

mensa altiplanicie, la ciudad de **Facatativá** (1), fundada en oscuros tiempos, lugar de recreo y fortaleza del Zipa y capital hoy del nuevo Departamento de Cundinamarca.

Facatativá está situado a 0°, 15'0" de longitud occidental, 4°, 45'25" de latitud norte y a 2.586 metros sobre el nivel del mar, con temperatura media de 13°.

El antiguo nombre de este pueblo era **To-catativá** (2), nombre con que lo distinguían los Muisca, a cuya raza pertenecían sin duda sus primitivos moradores, según puede colegirse por el cercado que en él tenía el Zipa en el pintoresco sitio conocido con el nombre de las **Piedras de Tunja**.

Al S. O. de Facatativá se alza el cerro de **Manjúi** y el nombre de **Puebloviejo** que conserva una parte de él, hace presumir que en muy lejano tiempo los aborígenes tenían allí algún caserío. No deja de llamar la atención la semejanza de **Manjúi** con el de **Monjuich**, cerro que en Barcelona ocupa la misma posi-

(1) **Fac a ta** significa fuera de su labranza... Es probable que el nombre que al principio oían más los españoles sería **Fac a ta**, fin del gran campo de labranza de la Nación, su granero y así llamaban al pueblecillo que está al pie de la cordillera.

E. Uricoechea—**Gramática chibcha**—Pág. LVI.

(2) En algunos de estos datos nos hemos referido a un artículo breve que con el título de **Facatativá**, y suscrito por el ilustrado historiador colombiano, doctor Pedro María Ibáñez, apareció en **El Repórter**, periódico de que por desgracia no vio la luz sino muy pocos números.

ción de éste; por lo cual no es muy aventurado suponer que algún catalán le dio este nombre acordándose de la antigua y opulenta ciudad que señorea la costa occidental del Mediterráneo.

Al S. E. de Facatativá se encuentra una de las bellezas naturales de esta ciudad: las cuevas conocidas con el nombre de **Cuevas de Bogotá**. El río que lleva aquel nombre se hunde a corta distancia del poblado y durante largo trecho se desliza por entre graníticos subterráneos para aparecer de repente en la llanura. Parecen estas **Cuevas** como las informes ruinas de un antiquísimo templo: altos embovedados, columnas truncadas, capiteles de extraña arquitectura. Una inmensa laja forma allí, además, un admirable puente natural, por encima del cual se cruzan el camino de herradura que se dirige a la **Chaguya** y a la vieja carretera de Occidente.

En el extremo S. E., de estas cuevas se forma otro paso o puente natural, llamado por su curiosa conformación **Puente de los micos**, no lejos del cual los descendientes de los aborígenes forman, bajo enormes rocas, una especie de barrio de gitanos. En dos de estas rocas se apoyan los estribos del puente del Ferrocarril de la Sabana que lleva aquel mismo nombre.

Al Oriente se dilata la inmensa llanura, ilimitado perímetro donde prospera la industria agrícola y pecuaria; cierran al Norte la vastísima extensión los montes que forman por este lado las murallas de la extinguida Nación de los Muisca, y al N. E., en medio de

verdes montículos, se descubren las **Piedras de Tunja**, (1) retirada fortaleza del Zipa, bellísimo lugar, sitio de indígenas leyendas.

Son estas piedras enormes bloques errátiles, en las cuales aparecen algunos jeroglíficos que hacen suponer a algunos que los chibchas habían hecho ya muy grandes progresos en el arte de la escritura; empero otros, entre ellos don Vicente Restrepo (2) opinan que los **aborígenes de Colombia no tuvieron conocimiento de ninguna clase de escritura, sea figurativa, simbólica o indeográfica.**

El 22 de julio de 1889, don Carlos Holguín, Presidente entonces de la República, colocó en ese punto la primera piedra para un monumento a los Zipas; pero todavía allí no se ostenta otro que ese con que la naturaleza dotó tan hermoso pedazo de tierra. A propósito de esto escribimos en otra ocasión:

“No podrá decirse que esos macizos bloques de piedra marquen la huella de otra raza poderosa, que venciendo a esta débil raza nuestra y sometiéndola a la servidumbre, la empleó en ciclópeas construcciones, como sucede con todas esas formidables murallas antiguas, esas pesadísimas moles etruscas, testimonio muy claro de numerosos pueblos sometidos a la esclavitud. Según los datos más auténticos la raza chibcha no parece hubiese es-

(1) Hemos oído decir que, a petición de algunos vecinos, el señor don Inocencio de Latorre cedió al Municipio dichas **Piedras** para que se pudiesen conservar, pero no nos consta.

(2) Los chibchas antes de la conquista española.—Cap. XV.

tado sometida a otra; y en todas sus infátiles instituciones nada se encuentra que dé idea de esa bárbara ley, a la manera que existió en los pueblos antiguos. Pero sea de ello lo que se quiera, las **Piedras de Tunja** se presentan a nuestra imaginación como caprichosos edificios levantados en remotas edades por pueblos desaparecidos. Aseméjense unas a inmenso altar, en cuyas aras los hombres de entonces quizás elevaron sus preces a las divinidades, les alzaron hieráticos cantos e imploraron el favor de los dioses, aterrados al zig-zag del rayo y al cañoneo del trueno. Quizás bajo esas aras se ocultaron temblando de miedo, o en otras ocasiones bajo ellas se refugiaron buscando una fortaleza contra enemigos poderosos. Otras de esas piedras se nos figuran como gigantescas y toscas pirámides truncadas, monumentos erigidos para celebrar algún hecho glorioso, las hazañas de algún intrépido guerrero; y en fin, algunas otras parecen representación de extraños monstruos antediluvianos. Figúrasenos también que desde lo alto de esas piedras Bochica, el gran civilizador, le hablaba al pueblo reunido en el llano sobre su misión, sobre Dios, sobre el cumplimiento de las leyes naturales.

“Lo cierto es que en torno de esas fábricas se agrupó una nación a la cual casi exterminaron los audaces conquistadores castellanos. Allí estaba el hombre con sus debilidades, con sus tenaces esfuerzos en la lucha por la vida, con las tempestades de su corazón, con sus innatos anhelos a la inmortalidad. Allí los príncipes con sus insaciables ambiciones, los magnates vencidos en la guerra, el rudo choque de pasiones encontradas, la bestia humana rugiendo.

“¡Cuántas veces vendrían a sentarse en la cumbre de los cercanos collados vecinos, algunos de esos seres creyentes y soñadores, poetas inconcientes y mudos contemplarían, a la puesta del Sol, ese Dios de Atahualpa, el lento y misterioso sumergirse de las cosas en la sombra!”

Y baste de poesía.

Era Facatativá, como ya lo dijimos, una pequeña aldea sujeta al soberano chibcha, y cerca de ella, en **Las Piedras** que acabamos de describir, se verificó en 1558 un suceso de no poca importancia en la historia de este pacífico pueblo, casi exterminado por los españoles.

A la muerte de Nemequene, el más grande político y militar de la Nación Muisca, ocupó la silla cubierta de oro y esmeraldas Tisquesusa, cacique de Chía, sobrino de aquél, a quien según las leyes de la monarquía le tocaba empuñar el cetro.

Preparábase Tisquesusa a vengar la muerte de Nemequene, quien pagó su soberbia y ambición en reñida batalla con el Zaque de Hunsa, cuando le llegó la noticia de que unos hombres de peregrina raza invadían sus dominios por el norte.

Misteriosos y extraños prodigios precedieron a este extraordinario acontecimiento. Soñóse Tisquesusa que estándose bañando en su casa de recreo de Tena, toda el agua se le convertía en sangre. Lleno de terror llama a los más famosos **Jeques**, o sacerdotes, para que le expliquen tan terrible visión. Estos, deseosos de lisonjear la vanidad del Monarca, declaran que en la próxima guerra el Zipa se

habrá de bañar en la sangre del Zaque; y en premio de tan anhelada interpretación recibieron del Zipa mantas, joyas y favores.

Había a la sazón en Ubaque un Jeque llamado Popón, el cual antes de presentarse a explicar el sueño huyó de Bacatá, temeroso de provocar la ira de su señor. En camino para su casa encontró a dos o tres indios principales a quienes dijo:

“Vuélvome a mi tierra sin haber explicado a vuestro Zipa el sueño, por ser muy diferente lo que le ha de suceder de lo que le han declarado los otros Jeques, y si yo se lo dijera en su presencia me habría de matar, por ser como es tan cruel; pero decidle que lo que soñó que le parecía se bañaba en sangre no quiere decir que se ha de bañar en la sangre del Hunsa, sino en la suya propia, porque unos hombres de otras tierras que van llegándose ya a ésta, lo han de matar”. (1)

Apenas supo Tisquesusa, que los españoles se dirigían de Suba a Muequetá, se refugió con sus mujeres y sus tesoros en un lugar oculto; pero un indio, sometido a la espantosa prueba del tormento, reveló en donde se encontraba. Partió Jiménez de Quesada con su gente, y al amanecer dio en el **Cercado del Zipa**. Aterradas las tropas del monarca chibcha, abandonaron su fortaleza, después de muy rápida resistencia, y huyeron al vecino bosque. Tisquesusa salió por una puerta del cercado y cayó herido por la flecha de la ballesta de un soldado de nombre Alonso Domínguez. Tis-

(1) Vicente Restrepo—Los chibchas antes de la conquista española.

quesusa fue conducido a un bosquecillo próximo, y enterráronlo en incógnito sitio. Así se cumplieron los vaticinios del Jeque Popón.

Era Tisquesusa de noble presencia y tenía la altivez y el hábito del mando; pero, cruel con sus súbditos, no supo defender al pueblo que tanto esplendor alcanzó con Nemequene. Jamás se presentó a luchar con el escaso número de guerreros que invadiera sus dominios, y murió sin la gloria de sus antepasados.

Hasta aquí Tisquesusa.

No consta en las historias quien fuese el verdadero fundador de Facatativá; sábese sí quiénes fueron sus principales civilizadores. Alonso de Olalla Herrera, afamado Capitán de Fredemán, alcanzó en pago de sus servicios la encomienda de Facatativá. A éste y a sus compañeros de armas, Hernando de Alcócer, encomendero de Bojacá, se debe la apertura del camino que de Facatativá conduce a Honda, lo que hizo que las mulas reemplazaran a los indios empleados como acémilas por los castellanos. Como lugares de escala fundaron también a Villeta en 1551, y a Guaduas en 1614.

Tales son las pequeñas crónicas que en este particular hay sobre Facatativá. Durante la colonia parece que no existiera, a pesar de ser obligado punto de escala entre Santafé y el Magdalena. De tarde en tarde se oye sonar como en 1633, cuando en esta ciudad se desarrolló la fecunda epidemia conocida con el nombre de **tabardillo**, la cual recorrió la Sabana e invadió la capital y algunos pueblos del Norte. Numerosas fueron las víctimas que hizo esta enfermedad, entre otras el Ilustrísimo señor Arzobispo Almanza, ochenta y cin-

co clérigos y muchas otras notabilidades del Reino. Llamóse esta epidemia de **Santos Gil**, Notario de Bogotá, heredero de muchas familias que se extinguieron con el terrible flagelo.

Y no se extrañe que en tan largo período de tiempo Facatativá vegete en la sombra. La vida municipal en casi toda esa época se concentra en Santafé, y con muy pocas excepciones, como Cartagena, sólo la capital del Virreinato tiene historia interesante para esos tiempos de pacífica tiranía.

El 12 de octubre de 1780, el doctor don Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, Regente del Nuevo Reino de Granada, expidió su **Instrucción general para el más exacto y arreglado manejo de las rentas reales de alcabala y armada de Barlovento**. Tal medida, en que por todo se pagaba, hasta por el viento, produjo el hecho que se conoce en la Historia Patria con el nombre de **Revolución de los Comuneros**. Los pueblos exasperados con la rapacidad del Regente, empezaron a oponer resistencia. Desde el mes de octubre de 1780, Barichara, Simacota, Mogotes, habían llegado hasta poner en fuga a los guardias, hasta que el 16 de marzo de 1781, día de mercado en el Socorro, una valerosa mujer, Manuela Beltrán, 'se acercó a la puerta de la casa donde estaba fijado en una tabla el Edicto del Visitador, y al grito de **viva el Rey y muera el mal gobierno**, desgarró el edicto y volvió pedazos la tabla, entre los vivas y aplausos de la multitud". (1)

Tal hecho fue el principio de ese incendio, que recorrió todos los pueblos del norte y fue el anuncio de la gran revolución que debía

(1) Manuel Briceño. **Los Comuneros**.

dar en tierra con la autoridad española. Constituyéronse juntas en todos los pueblos para obrar con acierto, y nombrado D. Juan Francisco Berbeo, Jefe supremo de la insurrección, llegó con innumerables paisanos en armas casi hasta las puertas de Bogotá. En todas partes se atacaba la autoridad española y al grito de **Viva la libertad**, se rompían las puertas de los Estancos.

Aterrado el Regente Gutiérrez de Piñeres, tomó el camino de Honda, con sorprendente rapidez, y fue entonces cuando en 25 de mayo de 1781, don Juan Francisco Berbeo nombró en Nemocón a José Antonio Galán, Capitán Comandante para que se dirigiera a cortar las comunicaciones con Honda.

En compañía del Capitán de Volantes, Nicolás Vesga, pasó Galán por Zipaquirá ese mismo día y se dirigió a Facatativá. Sesenta coraceros salieron de Bogotá en su persecución, y el 27 por la tarde Galán se batió en las **Cuevas**, y venció. Consta que en tan memorable ocasión Facatativá engrosó las filas del patriota, quien en el alto de **El Roble** aprisionó el armamento enviado por el Virrey, y marchó en seguida a Honda.

Todos sabemos el fin de la revolución de los Comuneros y el de este joven que pagó con su vida su amor a la Patria.

*

El 20 de julio de 1810, Facatativá tomó también no muy pequeña parte en la obra de los patriotas. Era Alcalde, a la sazón, don Blas Torres, oriundo de esta ciudad, persona de va-

limento y distinción. Acompañábalo don Rafael Avila y don Manuel Caballero Góngora, y unos y otros tomaron a su cargo ochenta hombres. Don Salvador Cadena, Alcalde de Bojacá, concurrió con cincuenta y con otros tantos el Alcalde de Zipacón. Ya por entonces empieza a sonar el nombre de Mariano Grillo, quien aparece como Teniente de una compañía.

Lástima que no se conserven los nombres de todos esos oscuros patriotas para consignarlos aquí como un homenaje a su memoria!

El Pacificador Morillo dejó en Facatativá su huella imperecedera de sangre y de lágrimas. Mariano y Joaquín Grillo, padre e hijo, fueron las víctimas escogidas por el tigre español para aumentar el catálogo de los mártires. Eran éstos dos patriotas de antigua y muy acaudalada familia de Bogotá; tenían en Facatativá extensas y valiosas propiedades y habían secundado con ardor la obra de la Independencia, sobre todo Mariano Grillo, cuyo nombre aparece desde 1809 en las milicias que se formaron por aquel tiempo en Santafé.

No se contentaron con entregar su fortuna por el triunfo de la República, sino que, además, pusieron al servicio de ella toda su actividad, ora interceptando comunicaciones, sin duda en esta ciudad, donde pondrían en juego todo su prestigio y consideración; ora cohechando tropas y conduciendo pliegos.

Sabedor Morillo de los constantes esfuerzos de estos dos patriotas, ordenó el secuestro de sus bienes y los condenó a muerte, la cual sufrieron en Facatativá el 31 de agosto de 1816, con admirable serenidad.

No hay que olvidar tampoco el nombre del Teniente Tomás Acosta, de Facatativá, otro de los próceres de la emancipación colombiana. Cuando Serviez pasó por Bogotá en 1816, se incorporó al ejército republicano y militó bajo el ilustre jefe en la gloriosa campaña del llano de Casanare; recibió dos heridas en la acción de la **Cabuya de Cáqueza**, en donde cayó prisionero. Fugóse luego del presidio de Bogotá, y en 1819 se presentó nuevamente al servicio de la Patria.

*

Como hemos dicho, con ser Facatativá ciudad tan importante, muy poco se sabe de su historia, a menos que mencionemos tal cual encuentro de armas que en nuestras guerras civiles se han verificado en sus alrededores. En 1854 el Dictador Melo sentó sus reales en ella. Facatativá fue su Capua. Durante largo tiempo, a partir del 17 de abril, permaneció en estéril ocio en esta ciudad en donde cometió un acto de crueldad. Como fuesen continuas las deserciones, a fin de evitarlas fusiló en el **Puente de las Animas** a dos infelices soldados, sin que con ello lograra otra cosa que ver aclarar más sus filas. Ya desde esa época sonaba el nombre del famoso Capitán José María Ardila, el cual no dejó vivir en paz al Dictador con su guerrilla de invictos lanceros.

Cerca de Facatativá, al N.O., en vía para Subachoque, hay una piedra colocada por el señor Rafael Roca, en el punto denominado **Cruzverde**, la cual hace alusión a la muerte del General José María Obando, en 1861. La piedra dice así:

**Aquí
murió
el
General
J. M. Obando
el 29 de abril
de 1861**

El 10 de mayo de ese mismo año el General Mosquera acampó en el **Hato de Córdoba**, con el objeto de cubrir el camino de Facatativá a Honda. El enemigo juzgó que este movimiento tendía a esquivar el combate. El 12 se presentó al frente y se libró allí una pequeña acción que precedió a las reñidas batallas de Subachoque y Usaquén.

*

Si bien es cierto que Facatativá es la ciudad más comercial de Cundinamarca, puesto que, por su admirable posición topográfica, es el centro de activo cambio entre la fría altiplanicie y los pueblos ardientes que trafican con el Magdalena, su progreso material dista de muy poco tiempo, desde la construcción de la carretera de Occidente, reemplazada más tarde por el sólido y cómodo Ferrocarril de la Sabana.

M. A. Lemoine, Ministro de Francia en Colombia la Grande, escribía esto en 1828: "En Facatativá, pequeña villa situada más o menos a nueve leguas de Bogotá, nos detuvimos a dormir. La posada donde nos alojamos fue malísima. Las ventanas del cuarto que se me dio no tenían vidrios sino pedazos de tela, por

lo que sufrí toda la noche frío tan intenso que no pude dormir, a pesar de lo abrigado que estaba. Habiendo permanecido hasta las nueve de la mañana, en el intervalo del almuerzo a la partida, tuve tiempo de recorrer las calles, donde nada llamó mi atención, si se exceptúan **la basura** y el gran movimiento de población, pues esta villa es lugar de tránsito para los viajeros y las partidas de mulas que transportan mercancías entre el río Magdalena y Bogotá”.

Con razón dice el sabio geógrafo Eliseo Reclus que “antes de la construcción de la carretera y del Ferrocarril, Facatativá no era sino un grupo de cabañas; hoy —continúa— es un lugar rico y próspero, el **arrabal** avanzado de Bogotá en el camino del Magdalena”.

Puede, pues, afirmarse que el progreso de esta ciudad arranca de mediados del último siglo, época en que don Victoriano Paredes emprendió la construcción de la carretera.

“El señor Paredes, dice Camacho Roldán (1), resolvió construir e hizo en efecto que fuese construido el primer camino a la **Mac Adams** que se había visto en el país. Tenía ocho leguas de largo, ocho metros de ancho entre sardineles, fuera de las zonas laterales, cimientos de piedras grandes, a sesenta centímetros de profundidad y lo cubría una capa de cascajo fuertemente comprimido de 25 a 30 centímetros de espesor. Era un camino superior en toda la extensión de la palabra, tras del cual trajeron el General José María Gaitán dos o tres ómnibus ordinarios, y en seguida el señor Guillermo París, otros cuatro magníficos, cons-

(1) **Notas de viaje.**

truídos por la casa de John Stephenson, de Nueva York, ómnibus que aún existen. El mismo señor París construyó en seguida el Hotel de los Manzanos, que en esos días —1854 y 1855— era lo mejor que en su género se había visto en el país. Facatativá, que hasta entonces era una población de casas pajizas de bahareque, surgió de entre el polvo y el fango a la categoría que conocemos hoy”.

Por entonces no existían en Facatativá más que dos casas de adobe y teja, la Casa Consistorial, al occidente de la plaza, en donde se ostentan hoy los ricos y elegantes almacenes de Luciano González & Cía., y el local para las escuelas públicas de hombres y de mujeres, el cual estaba situado en el costado sur de la plaza.

El señor don Miguel de la Torre construyó el famoso edificio que hoy ocupa la Casa Consistorial, y en 1865 se instaló en ella, durante la Administración Murillo, la primera oficina telegráfica.

La iglesia de Facatativá era por aquellos tiempos un largo edificio de antigua y tosca construcción española.

Habíanlo edificado también de teja, y sus muros de tapia pisada bien habían podido resistir la lenta acción de muchísimos años. En parte había sido destruído por un terremoto, quizás el de 1826, que tan profundas huellas dejó en los templos de Bogotá. El antiguo templo ocupaba el sitio que ocupa hoy el Convento de Agustinos, aún no terminado.

En 1870 (1) el R. P. Fray Gervasio García colocó la primera piedra de la hermosísima

(1) En este mismo año se terminó la obra del acueducto y la pila que hoy existen.

iglesia que hoy alza sus torres majestuosas sobre Facatativá, y muerto aquél, continuó el R. P. Fray Manuel Maldonado trabajando con grande interés en esta obra cuya construcción dirigía por entonces el arquitecto José María Quiroga. Como documento de alguna importancia copiamos a este respecto una hoja suscrita por aquel humilde agustino, Cura de Facatativá en 1874:

“**Sí lo veréis**—Si por algún tiempo los trabajos del nuevo templo se suspendieron, a causa de circunstancias que vosotros no ignoráis, y hasta la esperanza de su continuación se había extinguido, al fin va a completarse esta obra de civilización y de progreso.

Honroso es el que esta población se sienta impulsada por el progreso, tanto moral como temporal. Sí, esta ciudad está llamada a recibir en su seno los sentimientos de bienestar y progreso, ya por su situación topográfica como por la abundancia de sus recursos y la buena índole de sus habitantes.

Mi corazón rebosa de contento al ver en esta ciudad que por todas partes se construyen edificios, unos suntuosos y elegantes, y otros admitiendo reforma de un gusto moderno, y otros, en fin, que arroban los más dulces sentimientos hacia esta población; no obstante, después de manifestaros lo satisfecho que me encuentro por vuestra laboriosidad, debo insinuaros que hay un edificio principiado y no acabado por falta de recursos.

Generosos habitantes de Facatativá: ha llegado el momento en que cada uno de vosotros ponga su pequeño óbolo en favor de los trabajos emprendidos en el nuevo templo. Estos, como vosotros lo sabéis, han sido principia-

dos con la donación que varios vecinos han dado cada semana, y si vuestra generosidad lo permite, suplico que contribuyáis, aunque sea con un medio real semanal, y de esta manera lo veréis concluído en el espacio de seis años.

Facatativá, 28 de octubre de 1874.

Fray Manuel M. Maldonado”

En 1880 reemplazó al R. P. Maldonado el R. P. Fray Pedro Salazar. Nació este insigne hijo de San Agustín en el Cocuy, el 11 de diciembre de 1832. Hizo sus estudios en el Convento Agustiniiano de Bogotá, y profesó en el año de 1854. Cantó la primera misa en su pueblo natal en 1859. Extinguidas las comunidades religiosas, acompañó a sus hermanos desterrados hasta Cartagena. Doce años duró de Párroco en la ciudad de San Gil; fue en 1879 Coadjutor de Santa Bárbara, en Bogotá, y por último se le nombró, en 1880, para ejercer el cargo de Cura Párroco en esta ciudad, en la cual hizo imperecedero su nombre.

Dotado de mucho dón de gentes y extraordinaria energía, el virtuoso agustino puso todo su ahinco en la terminación del templo, y el 6 de agosto de 1895, es decir, después de sólo quince años de labor, fue consagrado este bello monumento elevado por la fe y el amor de un pueblo cristiano. Quizás en Colombia no haya recuerdo de una iglesia que a fuerza de limosnas se haya levantado en veinticinco años, si se atiende a las proporciones del severo edificio, construído todo de cal y canto. Afecta en la parte exterior el orden toscano y prevalece en la parte interior el orden corintio. Tiene dos torres, cinco naves de sesenta metros de longitud por treinta de latitud, doce altares

de sobria elegancia, con imágenes esculpidas por artistas extranjeros, y hay además dos órganos, llamado uno el de "Los Angeles", que en otro tiempo perteneció a la Catedral de Bogotá. (1)

Con todo, la obra del R. P. Salazar no se limitó únicamente a la Casa de Dios: fecundo campo se le abría a su infatigable labor, y así la moralidad pública le debe inmensos beneficios. Las continuas guerras, el espíritu de rebelión encarnado en una constitución impracticable, los clubs revolucionarios, las doctrinas disolventes, habían introducido la anarquía y el desorden en todos los espíritus.

Facatativá presentaba entonces el aspecto de uno de esos oscuros Municipios de las repúblicas italianas, en donde los ciudadanos, divididos en pequeñas fracciones, estaban siempre en guerra. Por entonces existía en esta ciudad el "Cuadro de Chicuaza", temible asociación, en la cual predominaba ánimo hostil contra los forasteros y enconadas pasiones

(1) Dos de las campanas fueron donadas por el señor Enrique Thorin. Una de ellas, la grande, fue construída en esta ciudad por el señor Juan Dancons, quien murió pocos días después de haberla fundido.

El reloj que existe lo donó el señor don Luciano González.

El bautisterio lo hizo construir por su cuenta el señor Jorge López, y la obra de carpintería la hizo el señor Emiliano León.

Durante toda la obra de la iglesia dio el señor Alberto Nieto una yunta de bueyes blancos, que llamaban "Los Escudos", la cual soportó todo el trabajo diario, cargando piedra.

lugareñas, disfrazadas con apodos políticos. En extirpar de raíz semejante núcleo rebelde fue en la tarea en la cual durante largos años empleó su palabra y su ejemplo el esclarecido sacerdote. Secundólo, es verdad, la autoridad civil, que ya por entonces pugnaba por fortalecerse, y cuando fue la hora de que el humilde Párroco saliera de este mundo, pudo contemplar lleno de alegre serenidad que su constancia y su celo habían triunfado y que dejaba en paz y armonía a sus dóciles feligreses.

En 1879 apareció en Facatativá el tan terrible "Cuadro". Tenía por objeto, según afirmaban, **asuntos de interés general para cierto círculo político y para la sociedad**. Proclamaba contra las dictaduras el derecho de insurrección y hacia las asociaciones democráticas segura defensa. Parece que no todo el pueblo de esta ciudad observaba con buenos ojos la marcha de semejante institución, o como quiera llamarse, porque a poco de haber aparecido fue calificada con odiosas denominaciones; y en verdad, pretendía nada menos que ejercer coacción sobre las autoridades constituídas, y merced a la calidad y número de asociados, ejecutaba con facilidad recatadas venganzas personales. Como el "Cuadro de San Victorino", de Bogotá, y como la "Salud Pública", de Zipaquirá, era producto de esos calamitosos tiempos de retozos democráticos. Muchas víctimas debió de hacer el famosísimo "Cuadro", porque su nombre infunde terror y ha permanecido unido indeleblemente al de Facatativá. Por fortuna la Regeneración, que en esto es digna de muy sincero aplauso, acabó con este "Cuadro" y otros de sus congéneres, y la ca-

pital de Cundinamarca se distingue hoy por su cultura y la índole pacífica de sus habitantes.

*

No poco se deben estos triunfos al Ferrocarril de la Sabana, que recorre cuarenta kilómetros y es el mejor servido de la República. Las vías de comunicación, a la vez que aproximan las distancias, hermanan los más remotos pueblos y unifican el sentimiento nacional. El 27 de febrero de 1882 los moradores de Facatativá presenciaron la inauguración de los trabajos de ese Ferrocarril.

En el frontis de su graciosa Estación, en duraderos caracteres de piedra, se lee esta inscripción modestísima: **Siendo Gobernador del Estado el ciudadano General Daniel Aldana—1882—** Este meritísimo hombre de Estado fue, en verdad, el alma de esta empresa, en la cual coadyuvó el insigne ingeniero señor don Nepomuceno González Vásquez.

Hoy encerrada entre sólidos muros, a la cual dan entrada tres magníficas puertas, el viajero contempla la bulliciosa Estación del Ferrocarril con oficinas y bodegas tan bien organizadas como las de las más civilizadas ciudades. Cuatro trenes diarios parten a la capital, con escrupulosa exactitud, y sus pasajeros y cargas alcanzan ya cifras muy grandes. (1)

(1) El Ferrocarril de la Sabana produjo en el mes de mayo de este año \$ 1.874.714,37½. Los gastos en el mismo mes alcanzaron a \$ 1.061.832.32. El rendimiento líquido, por tanto, de la Empresa en el citado mes, fue de \$ 812.882.05½.

El señor General Daniel Aldana abrió también la Carretera de Cambao, por donde han llegado al interior las locomotoras y máquinas que marcan el notable adelanto de toda especie que la agricultura y la industria han alcanzado en esta elevada altiplanicie andina. Sin esa carretera no existiría ninguno de los tres trozos de ferrocarriles que parten de la capital de la República.

*

Pero si el progreso material de Facatativá ha sido sorprendente, —sólo comparable al de Manizales— porque en menos de cincuenta años ha llegado a grandísima altura, no puede decirse otro tanto con respecto a su progreso intelectual.

En 1886 fundó el doctor Constancio Franco V. el Colegio de la Paz, talvez el mejor organizado que existió por aquella época en esta ciudad, y que funcionó por el espacio de tres años.

Pasada la guerra de 1876 es cuando en Facatativá se acentúa el hervir de un progreso firme y creciente. De 1878 a 1880 apareció el Colegio de la Independencia, regido por dos jóvenes recién graduados, médico el primero y abogado el segundo, Julio A. Corredor y Mariano Manrique B. Opimos frutos cosechó el educacionista Instituto, que en poco vio llenas de alumnos sus aulas. Distinguidos profesores servían las cátedras: Reinaldo Aguilar H., Eugenio Ortega, Gonzalo Currea, Francisco Caicedo Muñoz, Carlos Fernández, Tiberio Flórez C. y otros. El doctor Ramón Gómez (alias el zapo) pronunció el discurso de inauguración. Tenía una sociedad literaria y publicaba un periódico.

En ese mismo año de 1878, el Gobierno del Estado de Cundinamarca, presidido por el señor don Jacobo Sánchez, juzgó por conveniente **expropiar** la imprenta de **El Tradicionista**. Dividió en tres lotes, uno le tocó a La Mesa, otro a Zipaquirá y otro a Facatativá. El que correspondió a esta ciudad anduvo mucho tiempo de Herodes a Pilatos, como lo dice un periódico de la época, tanto, que Zipaquirá pidió que a ella se le cediera también lo que sus otras dos hermanas agraciadas no habían sabido aprovechar. Fue entonces cuando el señor doctor Eugenio Ortega condujo la pequeña imprenta a Facatativá y fundó **La Voz de Occidente**, periódico moderado y serio que no vio la luz sino cuatro números. La Municipalidad agradecida le dirigió entonces al doctor Ortega la siguiente nota:

“Estados Unidos de Colombia—Estado Soberano de Cundinamarca—Presidencia de la Municipalidad—Número 23—Facatativá, marzo 14 de 1878.

Señor doctor Eugenio Ortega—P.

La Corporación que tengo el honor de presidir, en sesión del día de ayer, y en vista de su nota de fecha 26 de febrero último, aprobó lo siguiente:

‘Contéstese al señor Eugenio Ortega, que la Municipalidad le da las gracias por el patriótico interés que tomó en traer el lote de imprenta que el Estado cedió al Distrito’.

Lo cual transcribo a usted para su conocimiento.

De usted atento servidor,

Eleuterio R. Rizo”

Extinguida **La Voz de Occidente**, apareció más tarde **La Noticia**, de la cual salieron unos veinte números; durante la administración del señor doctor Belisario Ayala, **El Cundinamarqués**, hoja muy efímera, y por último, **El Deber Presente** y **El Remo**, periódicos de corta duración.

*

Ningún hecho de marcada importancia ocurre en Facatativá en largo período de tiempo. La ciudad continúa su rápido progreso y crecimiento, y como por encanto se va transformando todo.

A pesar de ser Facatativá una de las ciudades que dista menos de Bogotá, lo cual hace que más escudada esté contra los feroces actos que se ejecutan en distantes localidades, en 1895 fue testigo de un drama sangriento. Presidía la República el señor don Miguel Antonio Caro, y el 23 de enero una turba de gente armada, a las doce de la noche, penetró en la Cárcel donde dormían unos pocos soldados que conducían un correo. Cuatro infelices fueron muertos a machetazos o proyectiles de revólver. Las sospechas recayeron sobre Inocencio Salgado y los hermanos Francisco e Isidro Palacios. Sometidos a un Consejo de Guerra que se reunió en Bogotá el 14 de marzo, condenó a los dos primeros al postrer suplicio, y al último como cómplice a trece años de presidio. El 17 de ese mes, antes de las nueve de la mañana, una escolta compuesta de veinticinco agentes de policía, en presencia de la Artillería ejecutó la terrible sentencia. Los banquillos fueron colocados frente de la Casa Consistorial y los cadáveres expuestos allí por dos horas. Era Inocencio Salgado un hombre de

no escaso entendimiento y de espartana serenidad. Apenas le notificaron la sentencia murmuró impasible: **Miro la muerte como un desenlace natural, y lo mismo es morir antes que después.**

*

Como el que levanta un edificio procede poco a poco, y el que lo demuele lo hace en breve tiempo, y aquél no produce ruido y éste sí grandísimo estruendo, en las épocas de paz Facatativá no se oye sonar, entregada a sus labores agrícolas, a su ingente comercio, a sus trabajos de edificación. Así, pues, nada diremos de ella hasta la guerra de los tres años.

Hemos visto que esta ciudad está colocada en excelente posición topográfica, por lo cual en todas las guerras ha sido codiciada fortaleza de güelfos y gibelinos, y en esas épocas de insana revuelta ha visto muchas veces menguar los productos que con suculenta mano le prodigan los numerosos Municipios, de que ella es la Metrópoli; y así unas veces presa de estos bandos, otras de aquéllos, en no pocas ocasiones ha sufrido vejámenes y ultrajes.

No era posible que en la última guerra quedara en tranquila posesión de sus dones, y en 15 de enero de 1902 vio su plaza y sus calles convertidas en arena de fratricidas combatientes. A las cinco de la mañana las fuerzas revolucionarias, al mando de los Generales Teodoro Pedrosa, Juan Clímaco Herrán y otros, atacaron la enhiesta e invencible fortaleza del templo, desde la cual se defendían las fuerzas gobiernistas. Tres horas duró la san-

grientea refriega, en la cual perecieron como unos cien hombres, no sin que se vieran obligados a huír los temerarios asaltantes.

*

En cuanto a la división política, durante la vigencia de la Constitución de Rionegro, en que la República de Colombia se organizó en forma federal, Facatativá fue ya la capital de uno de los siete Departamentos en que se dividía el antiguo Estado de Cundinamarca. Bajo la Carta fundamental de 1885 esta ciudad fue la cabecera de la Provincia que lleva su nombre, y el 15 de junio de 1905 se le designó como capital del nuevo Departamento de Cundinamarca. Bajo esta nueva división territorial llevada a cabo por el Excelentísimo señor General Reyes, Facatativá toma nuevos bríos, gana en aseo y en belleza, y va tomando el aspecto de ciudad verdadera.

Hasta la presente fecha tres han sido los Gobernadores que han regido el nuevo Departamento: el señor doctor don Belisario Ayala, que se distinguió por su alto espíritu de conciliación, el señor General don Manuel A. Escallón y el señor doctor don Elisio Medina, cuyo lema ha sido **vías de comunicación e instrucción pública.**

CONCLUSION

Facatativá tiene 9.074 habitantes, según el censo de 1905. La ciudad está formada de treinta manzanas. Las calles son rectas y las casas en su mayoría de teja.

Entre los institutos de instrucción pueden nombrarse el Colegio de San Agustín, dirigi-

do por los RR. PP. de esa Orden, inaugurado el 6 de febrero de 1907. Funciona este plantel en la casa que el gran filántropo, don Luciano González, le donó a la Sociedad de San Vicente de Paúl. (1). Merecen mención la Escuela Normal de Institutores, fundada en 1907 por el señor doctor Elisio Medina, la cual cuenta con treinta alumnos maestros y ciento veinte asistentes a la Escuela anexa. Sirve de órgano a este Establecimiento, **La Escuela Normal**, periódico ilustrado, en el cual han aparecido los retratos de los más ilustres institutores colombianos, sin distinción de colores políticos. La creación de este Instituto es una de las más legítimas glorias del doctor Medina. El le ha comunicado el puro espíritu nacional que tiene, el cual se asemeja como al olor de la amada casa solariega. Hasta el mismo formato del periódico recuerda al que llevaba ese título en los más bellos tiempos de la Instrucción Pública; pero informado éste en el más acendrado espíritu católico. El doctor Medina fundó también la Escuela de Bellas Artes, en la cual reciben educación artística muchos alumnos de ambos sexos.

Hay además: un Instituto nocturno de artesanos; el Colegio de la Presentación, regentado por las Hermanas de la Caridad; y el Colegio de Nuestra Señora del Carmen, para señoritas, que lleva ya catorce años de existencia y goza de muchísima fama. El número de escuelas públicas primarias asciende a cinco, tres para varones y dos para mujeres. El número total de alumnos sube a 878, 510 varones y 368 mujeres.

(1) Don Luciano González también ha construido habitaciones gratis para personas pobres.

A esfuerzos del doctor Elisio Medina el Departamento cuenta hoy con una cárcel, de que antes carecía, situada en la plazuela denominada de **La Unión**, edificio que fue bendecido el 8 de marzo de 1907. En 1880 decía **La Democracia**, periódico de esta ciudad: "Sería muy plausible que se aprovecharan los bajos de la Casa Municipal para Cárcel, como se pensó en días pasados, y así se tendría a los presos con más seguridad y se evitaría el gasto de arrendamiento. Puede ser que de aquí a allá queden presos, pues por lo que es ahora, los que existen van tomando las de Villa Diego a todo trote".

El Municipio es propietario de cuatro locales: la Casa Consistorial, el Matadero público y dos casas para escuelas primarias. Hay además una hermosa y amplia Casa Cural, debido a la incansable actividad del R. P. Salazar, secundado hoy por su digno sucesor, el R. P. Wenceslao García.

Existe en esta ciudad una fábrica de ladrillo, la del señor César Piñeros, distante sólo diez minutos de la Estación del Ferrocarril. El área mide unas cincuenta fanegadas y está provista de aguas abundantes. El edificio, compuesto de cuatro tramos, dista unos cien metros del camino real.

Se elaboran en esta fábrica los más importantes materiales relacionados con la alfarería. En ella se encuentran todos los elementos que son necesarios en la producción de artículos de barro refractario, ya en lo que se refiere a las materias primas, ya en lo tocante a las secundarias que en esa industria se requieren. Hay allí toda clase de arcillas, des-

EL APORTE DE FACATATIVA A LA INTELIGENCIA NACIONAL

José F. Martín—Médico de prestigio nacional. Clínico de una precisión y de una seguridad desconcertantes. Su fama trascendió los límites municipales y recibía en su consultorio la visita de gentes distantes deseosas de los beneficios de su ciencia. Hombre y filósofo de admirables contornos. Su humanidad legó grato y hondo sabor de ciencia y de lealtad en las generaciones que tuvieron la honra de tratarlo.

Gonzalo Gaitán Azuero—Consejero de Estado. Jurista de dilatada trayectoria por todos los campos del Derecho. Hombre de condición sencilla y bondadosa.

Aquilino Gaitán—Fallecido. Senador de la República en muchas oportunidades. Político de gran envergadura, influyó definitivamente en importantes negocios del Estado. Rechazó ministerios y gobernaciones. Tronco de respetable familia.

Agustín Pardo Riveros—Abogado y dinámico hombre de acción. Fue alcalde y juez en Facatativá. Actual jefe de justicia en Cundinamarca. Hombre de probada lealtad y de entereza viril.

Gustavo A. Valbuena—Consejero de Estado. Laboriosa vida consagrada con inteli-

gencia y voluntad a forjarse un alto destino. Orgullo de Facatativá, por sus condiciones de luchador insomne y pertinaz. Autor de la ley sobre filiación natural que terminó con una aberrante injusticia de caracteres coloniales que subsistía dentro de nuestra organización.

Armando Latorre Rizo—Jurisconsulto y hombre de estudio. Gran servidor de Cundinamarca. Fue contralor general del Departamento y diputado.

Guillermo Anzola Toro—Joven abogado, representante a la Cámara, unidad de gran porvenir, en el servicio de los intereses comunes.

Néstor García—Médico de gran reputación científica. Hombre honesto y desinteresado.

Enrique y Rafael Peña Peña—Médicos que se especializan en Buenos Aires. Han adquirido en corto tiempo un prestigio sólido por su versación científica.

Jorge Zamudio Aguirre—Sub-contralor nacional. Joven abogado de inteligencia hábil y penetrante. Organizador y hombre de Estado.

Carlos Julio Forero—Orador brillantísimo, figura interesante por su inteligencia.

Luis Alberto Forero Rubio—Médico de antigua trayectoria. Se especializó en París. Ha prestado a la ciudad importante concurso.

Luis Felipe Latorre U.—Abogado de gran prestigio nacional. Civilista connotado, fue abogado del Presidente Olaya Herrera. Influyó decisivamente en la expedición de las leyes sobre petróleos y sobre el régimen patrimonial en el matrimonio. Esta última ley representa una completa transformación de

nuestras costumbres y emancipó a la mujer casada del tutelaje del marido sobre sus bienes.

Pedro Pablo Galindo.—Insigne orador sagrado. Posee una vasta preparación filosófica, una distinguida personalidad y los más gallardos atributos de la inteligencia. Es una figura nacional de gran relieve dentro del clero colombiano.

Tiberio C. Rubio.—Abogado ya fallecido. Sirvió incansablemente los intereses de su ciudad. Fue miembro del Concejo Municipal.

Manuel Antonio Arciniegas.—Abogado de gran prestigio por su inteligencia, capacidades y dón de gentes.

María del Carmen Fonseca.—Institutora consagrada. Educó varias generaciones femeninas que honran los hogares de la ciudad.

Lucila Rubio de Laverde.—Preside la Unión Femenina de Colombia. Gran investigadora, de clara inteligencia. Adalid de las reivindicaciones feministas.

Etelvina Forero Rubio.—Institutora ya fallecida. Fue un orgullo de la sociedad. Fundó el Colegio de María Auxiliadora.

Gregorio Lara Cortés.—Escritor y abogado de brillantes ejecutorias.

Abelardo Forero Benavides.—Político, escritor, parlamentario, Ministro de Estado, Secretario de la Delegación de Colombia ante la Liga de las Naciones en Ginebra. La más brillante figura de Facatativá en los tiempos actuales.

Guillermo Hernández Rodríguez.—Presidente del Consejo de Estado. Político y ensayista de sólida cultura. Publicará próxima-

mente un libro editado en México sobre la organización social de los Chibchas. Abogado de gran prestigio nacional, ex-representante a la Cámara. Obtuvo su título en la Sorbona de París.

Fernando Anzola.—Político y abogado de sólido prestigio. Representante a la Cámara y posible gobernador de Cundinamarca. Su vida, de constante luchador, está rodeada por el respeto y el cariño de todos sus numerosos amigos.

Pedro Vicente Galvis B.—Diputado a la Asamblea de Cundinamarca y abogado de las nuevas promociones. Inteligencia viva, despierta, brillante. Escritor de pulcro estilo. Figura de notorio relieve en la política del Departamento.

Julio Peña Peña.—Abogado y político. Fue presidente de la Asamblea de Cundinamarca y candidato a la cámara. Uno de los más entusiastas servidores de la ciudad, de los más constantes batalladores.

Eduardo Murcia Forero.—Dos veces Presidente de la Asamblea departamental. Político de intensa actividad, servidor permanente de los intereses provinciales.

Hernando Pulido Melo.—Alcalde del Circuito Judicial. Joven abogado de prestigio, miembro del Concejo Municipal y constante servidor de la comunidad.

Alfonso Tocancipá Baena.—Joven abogado de sólida preparación. Miembro del Concejo Municipal, escritor y político.

Hipólito Parra S.—Abogado y político. Ha sido director de periódicos y colabora constantemente en favor del progreso de la ciudad. Es miembro del Concejo Municipal.

Jorge Torres Rocha.—Periodista, político, miembro del cabildo. Ha fundado numerosas empresas de gran vuelo. Actualmente es Presidente del Concejo.

Hernando Rico Duque.—Líder obrero que se ha captado las simpatías generales por su voluntad de servicio y su inteligencia. Es un joven de grandes perspectivas. Ex-Presidente del Concejo Municipal. Actualmente trabaja en el Consejo de Estado.

JOSE CORNELIO BORDA

(Prólogo)

Eduardo Contreras, quien ha consagrado gran parte de su vida a las tareas mentales, nos ofrece en este volumen un estudio crítico —sereno y erudito—, sobre la vida intensa de un héroe de la lucha emancipadora.

Con paciencia benedictina este historiador ha recorrido emocionadamente la existencia de José Cornelio Borda, desde su nacimiento en "Turrillas", la vetusta casa de sus mayores, hasta el escenario épico del Callao, bloqueado por la escuadra española en abril de 1866.

La historia ha sido parca en la expresión de aquellos valores que rindieron su vida en defensa de la libertad del Nuevo Mundo, y que actuaron con sobrado heroísmo al lado de los genios tutelares. A reparar esa injusticia tienden quienes se han dedicado a bucear en el fondo del tiempo pasado, para exaltar la estampa de los guerreros y los hombres civiles que estructuraron las bases incommovibles de la República.

José Cornelio Borda representa en la historia americana un tipo humano de asombrosa actividad. Ingeniero de vasta preparación científica, autor de numerosas obras de carácter técnico, no se recluyó en la torre de marfil de sus estudios sino entró en contacto con los hechos circundantes, intervino en los episodios máximos de su tiempo, prestó su desvelado concurso a la causa de los americanos y finalmente ofreció a la libertad el sacrificio de su propia vida.

El 2 de mayo de 1866, a eso del medio día, la flota hispánica comenzó a estrechar el cerco sobre el puerto peruano. Más de 300 cañones disparaban sus baterías sobre las fortificaciones de tierra. Naves que habían surcado los siete mares, tripuladas por expertos lobos marinos, con un extraordinario blindaje, iniciaban el asalto final. Pero en los fuertes costaneros estaban los hombres de América. Su patriotismo superaba todas las deficiencias de la impreparación. En el fuerte de La Merced un coronel-ingeniero trabajaba afanosamente. Dirigía los detalles técnicos y se ocupaba en los trabajos materiales. Sus cañones fueron los primeros en doblegar la osadía de los atacantes, perforando el blindaje de la primera nave que se colocó al alcance de los proyectiles de tierra. La lucha alcanzó un clímax de violencia insuperable. Todos los hombres cumplían su deber con bizarría. Y en ese escenario, digno de una poesía homérica, la muerte ciñó la frente de José Cornelio Borda con el laurel de los elegidos.

Han transcurrido muchos días desde entonces. La vida política y social del hemisferio adquirió caracteres definidos. A lo largo de

una centuria los pueblos fueron liquidando los brotes sectarios de antiguas querellas bizantinas. Una organización estable prevalece en el régimen institucional y las naciones tienden a agruparse, a cohesionarse con un sentido operante de su misión. Y cuando esto sucede, cuando nos hallamos en el trance de la creación de un futuro panamericano, cuando aspiramos a la unidad continental en todos sus órdenes, la rememoración de nuestros héroes, de nuestros grandes muertos, de los que echaron las bases del mundo presente sobre el holocausto de sus vidas, constituye apenas un elemental acto de justicia y de lógica.

Eduardo Contreras Villamizar ha tomado para sí la orgullosa tarea de reivindicar para las generaciones futuras los hechos y la vida de uno de nuestros grandes coterráneos, quizá del más grande de todos, porque supo vivir y morir en una permanente consagración a la patria y luego se cubrió en la tumba con un áspero silencio que ahora se rompe.

Esta biografía esquemática es un devocionario para la juventud, escrito por quien como educador ha modelado el espíritu de varias generaciones, iniciándolas en el más puro amor a la patria y en el culto a quienes la formaron con su valor y con su sangre.

Además, Facatativá encuentra un afortunado intérprete de la vida en uno de sus héroes, rescatado por la inteligencia de Eduardo Contreras, de la niebla donde permanecía hasta ayer en el tránsito prolongado de la inmortalidad.

Facatativá, mayo de 1945.

Ignacio Ramírez Sánchez

LOS POETAS

A LA SOMBRA DE JORGE E. RUIZ L.

Con una vena poética igual a la de Flórez, sentido, hondo y humano, Jorge E. Ruiz L. "el Buchón Ruiz", fue durante muchos años el intérprete lírico de una generación y de un estado de alma.

Reproducimos un bello poema suyo por donde corre el río subterráneo del dolor humano, de la angustia, de la desesperación y del amor....

PA QUE SEPAN

Yo tuavía mi acuerdo della
Y me pongo ojerudo y contrito
Porque jue que sus ojos de estrella
Se jueron pa siempre, dejame solito.

A la güerta onde yo trabajaba
Sin descanso, mi día enterito,
Siacercó una mañana la linda,
Ajanosa, porquiun corderito

Se salió del redil, y lloraba
Y llamaba al ovejo con gritos....
Y en el monte, puallá... contestaba
Con gemios el animalito.

Yo al mirarla tan triste le dije
Que miría con ella untualito
Ella dijo que güeno, y nos juimos
Hasta el jondo del bosque junticos;

Entre ramas y muchas malezas,
Entre zarzas y matas de espino
Alcanzámos a ver al cordero
Quial ver a la niña metió su balío.

Quialegría tan grande en el alma
Ella y yo en el momento sentimos;
Yo cogí el animal y lo truje
A la güerta onden juntos golvimos
Y onden yo trabaje, junto a ella
Sin descanso mi día enterito.

Por la tarde al sonar las campanas
Me miraron a ver sus ojitos,
Y cogió su animal y corrió a irse
Por la güerta del mesmo camino.

To los días venía a visitarme
Y nos juimos queriendo junticos.
Nos queríamos con esos quererres
Con que quieren los niños chiquitos.

Cierto día encontré en el camino
Un cachaco muy puesto y muy listo
Que miraba con ojos tan raros
A la niña de too mi cariño.

También ví que bajó sus ojitos
Y un rubor que tiñó sus mejillas,
Yo sentí entre mi pecho una rabia
Y una cosa como unas cosquillas.

Y era mi amo, el patrón de la hacienda,
Que quería quitarme mi alivio,
Hoy los ricos no saben que el probe
También tiee corazón y cariño.

La llevó pa la casa una tarde,
La encerró en ese odioso castillo,
Dende entonces la probe no sale
Ni mis ojos tampoco lan visto.

Me robó mis quererres el amo
Y por hambre en la hacienda yo sigo,
Ya no voy a la estancia ni he güelto,
Que no sé si toy muerto o toy vivo.

Sólo pienso de entonces vengame
Y la paso ajilando el cuchillo
Que servía pa podar mis maticas;
Ora tiene que ser pa el rico
Que de espinas llenó mi camino....
Pa que sepan que el probe sí tiene
Corazón entre el pecho y cariño.

Jorge E. Ruiz L.

**ADMINISTRACION
MUNICIPAL**

**EL ACTUAL EQUIPO ADMINISTRATIVO
ES EL SIGUIENTE:**

Alcalde del Circuito Judicial, doctor Hernando Pulido Melo.

Presidente del honorable Concejo, don Jorge Torres Rocha.

Diputados a la Asamblea por la región, doctores Pedro Vicente Galvis y Aquilino Gaitán Azuero.

Personero Municipal, señor José Gregorio de la Torre.

Tesorero Municipal, don Alejo Ramírez Maldonado.

Juez Municipal, doctor Abel Rubio.

Concejales:

Principales

Pedro Vicente Galvis.

Abelardo Forero Benavides.

Jorge Hernando Rico.

Eduardo Murcia Forero.

Hipólito Parra S.

Hernando Pulido Melo.

Joaquín Alonso

Enrique Castro.

Aquilino Gaitán Azuero.

Suplentes

Jenaro Parra.

Jorge Torres Rocha.

Cornelio Umaña.

Alfonso Tocancipá Baena.

Paulo Rodríguez.

Eduardo Contreras.

Manuel Neira.

Fidel Vargas.

Alvaro Gutiérrez Portocarrero.

Comandante del Batallón de transmisiones, Mayor Eusebio Cortés Forniguera.

Comandante de la Policía Municipal, Capitán Carlos Barrera.

Rector del Colegio Nacional "Emilio Cifuentes", Buenaventura Gómez.

Rector del Colegio "San Luis Gonzaga", Alcides Trejos.

Directora del Instituto Técnico Femenino, Alicia Arciniegas de Gómez.

Párroco, Julio Rodríguez Palacios.

**FACATATIVA, CAPITAL DE
CUNDINAMARCA**

CINCO AÑOS DE GOBIERNO

Esta ciudad que indudablemente volverá a ocupar el rango de capital de Cundinamarca en no muy lejano día, por lo excelente de su posición geográfica incomparable, sobre las vías inmediatas al alto y al bajo Magdalena, sobre las carreteras troncales del país, sobre todos los climas y todas las producciones, con excepcionales condiciones estratégicas para la defensa y con tierras de primera calidad para la agricultura y la ganadería, con perspectivas extraordinarias para el progreso y desarrollo urbanístico y futuro asiento de la Industria, fabril y manufacturera, tiene los siguientes antecedentes de su importancia en la historia administrativa de Cundinamarca:

El artículo 11 de la Ley 17 de 1905, expedida el 11 de abril, erigió en distrito capital el Municipio de Bogotá, por los límites señalados en la Ley 26 de 1883, del Estado de Cundinamarca, hoy Departamento, y la Ley 46 del 29 del mismo mes hizo otra separación para constituir el Departamento de Quesada, formado por las provincias de Chocontá, Ubaté, Guatavita, Zipaquirá y La Palma, y quedó Cundinamarca con las provincias de Bogotá con excepción del distrito capital. Integraron el De-

partamento las provincias de Oriente, Sumapaz, Tequendama, Girardot, Guaduas y Facatativá, capital ésta última.

El 15 de junio de 1905 tomó posesión del cargo de Gobernador de Cundinamarca, en la ciudad de Facatativá, el General Belisario Ayala, el primero que comenzó a regir en la nueva capital los destinos de esta importante sección del país.

El cuadro de Gobernadores es el siguiente:

Gobernadores de Cundinamarca en Facatativá:

Junio 15 de 1905 a marzo 11 de 1906, Belisario Ayala.

Marzo 12 de 1906 a junio 27 de 1906, Manuel A. Escallón.

Junio 28 a julio 13 de 1906, Rafael María Gaitán.

Julio 14 de 1906 a junio 18 de 1909, Mariano Ospina Chaparro.

Agosto 12 de 1909 a febrero 22 de 1910, Rafael Carvajal.

Febrero 23 a marzo 28 de 1910, Julio A. Argüello.

Marzo 29 a abril 16 de 1910, Pedro Sanz Rivera.

Abril 16 a abril 28 de 1910, Julio A. Argüello.

La vida administrativa fue muy intensa. Acababa el país de salir de una de sus más encarnizadas guerras civiles y había necesidad de restablecer la normalidad económica y social. Muchos decretos se expidieron aquí trazando rumbos para la desvaída producción, para la lánguida actividad social.

También aparecen los síntomas de la organización burocrática que comenzaba a tener el auge de hoy. Durante los cuatro años, ocho meses y quince días en que funcionó el gobierno de Cundinamarca dentro del recinto de esta ciudad, en que célebres caballeros manejaron la cosa pública se expedían decretos al tenor de los siguientes:

DECRETO NUMERO 8 DE 1905
(Junio 15)

por el cual se nombran varios empleados.

El Gobernador de Cundinamarca,

DECRETA:

Artículo único—Nómbrense los siguientes empleados: para la Gobernación Amanuense del Gobernador, Jorge Ayala; Conserje de la Casa de Gobierno, Eustacio Moreno.

Secretaría General.

Jefe de la Sección de Gobierno, Segismundo Reyes; Oficial Mayor encargado del ramo de Justicia, Miguel Aguilera; Escribientes, Ernesto Alvarez, Francisco Barrera, Edilberto Gaitán, Bernardo Pérez, Nestor Rubio, Eduardo de Mendoza; Portero Escribiente, José A. Saavedra; Archivero, Eloy Lora; Ayudante, Félix González.

Sección de Hacienda—Jefe de la Sección, Luis F. Restrepo; Oficial Mayor, Eduardo Rodríguez; Contador, Ramón Torres; Auxiliar, Roberto Fernández; Oficial de Registro, Tomás Pérez Sarmiento; Secretario de la Jun-

ta de Hacienda, Francisco Holguín; Escribientes, Abel Guerrero, Luis Carrillo, Luis Brugés, Abel Posada.

Sección de Instrucción Pública—Oficial Mayor, Julio Otero; Escribientes, Olimpo Campuzano, Carlos Torres, José Gregorio Leiva, José Luis Rodríguez.

Oficina de Catastro—Jefe, Aurelio Vásquez; Secretario, José Santos Montañez; Escribiente, Pablo Marín; Portero, Pablo Emilio Ruiz.

Oficina de Fomento — Sub-jefe, Percy Brando; Escribientes, Virgilio Ospina, Ignacio Córdoba.

Secretario de la Junta de Obras Públicas, Manuel Sáenz.

Imprenta—Director, Belisario Cuervo Angel; Vigilante, Jorge Mutis; Portero, Leoncio Cifuentes.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Facatativá, a 15 de junio de 1905.

BELISARIO AYALA

El Secretario General,

Adriano Trivín

DECRETO NUMERO 14 DE 1905

(Junio 30)

por el cual se hacen varios nombramientos.

El Gobernador de Cundinamarca,

DECRETA:

Artículo único.—Nómbrase médico legal y ayudante de la Oficina Médico-Legal a los

señores doctor Julio M. Escobar y doctor Marco A. Gutiérrez, respectivamente y portero al señor Ricardo Navarro.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Facatativá a 30 de junio de 1905.

BELISARIO AYALA

El Secretario General,

Adriano Trivín

DECRETO NUMERO 15 DE 1905
(Junio 30)

por el cual se hacen varios nombramientos.

El Gobernador de Cundinamarca,

DECRETA:

Artículo único—Nómbrense los siguientes empleados de la cárcel de detenidos de esta capital: Director, Gabriel Rojas; Sub-Director, José M. Ayala; Vigilantes, Tomás Forero, Martín Rodríguez; Portero Escribiente, José María Mariño; Capellán, Fray Juan Carrera.
Comuníquese y publíquese.

Dado en Facatativá, a 30 de junio de 1905.

BELISARIO AYALA

El Secretario General,

Adriano Trivín

Presupuesto para el semestre de julio a diciembre de 1905, \$ 22.450.

Alcalde, doctor Inocencio de la Torre. General Rafael María Gaitán, a partir del 14 de octubre de 1905.

DECRETO NUMERO 159 DE 1905

(Noviembre 25)

por el cual se nombran Concejeros Municipales.

El Gobernador de Cundinamarca,

en uso de sus facultades legales, y

CÓNSIDERANDO:

1º—Que por Decreto Ejecutivo se aplazó la elección de Concejeros Municipales que debió verificarse el primer domingo de octubre del presente año;

2º—Que conforme a la Ley 42 de 1905, los nuevos Concejeros debieron instalarse el 1º del mes en curso,

DECRETA:

Artículo 1º—Nómbrense Concejeros Municipales para el período que principia el 1º del presente mes, a los señores y para los distritos que se expresan en seguida:

Facatativá

Principales:

Belisario González.
Urbano Londoño.
Aquilino Gaitán P.
Florentino Angulo.
Emiliano Grillo.
Roberto Rubio.
Hipólito Isaza.

Suplentes:

Juan Antonio Uricoechea.
Rafael A. Montes
José F. Martín.
Washington Yori.
Bustos Sierra.
Nicanor García.
César Piñeros.

Nota: Belisario Ayala, Gobernador de Cundinamarca, fué hasta el 31 de mayo de 1905 Secretario de Gobierno en la administración de don Jorge Vélez.

“Trasladada la capital del Departamento de Cundinamarca a Facatativá, la Gobernación se encontró sin edificios propios para instalar las oficinas y tuvo necesidad de tomar en arrendamiento varias casas. Hoy se paga el arrendamiento de una casa para las oficinas de la Gobernación, la Junta de Obras Públicas, los archivos y depósitos y la oficina telegráfica; otra casa para la Tesorería General y la Imprenta; otra para la Dirección de Instrucción Pública; dos para la Escuela Normal y la de Bellas Artes, y una para los juzgados del circuito.

Los recursos del Departamento han sido insuficientes para levantar un edificio en donde pudieran colocarse decorosamente todas las oficinas, con lo cual se haría a la vez un ahorro de \$ 220.00 oro, por mes. Como el señor Ministro habrá observado, la Gobernación apenas ha podido comprar y adaptar una casa para el servicio de la gendarmería y las cárceles.

Considerada la importancia que Facatativá tiene, no sólo por ser capital de un Departamento populoso y rico, en cuyo territorio se hallan establecidas las más valiosas haciendas productivas de café que el país tiene en el interior, y en donde existen ingenios provistos de maquinaria moderna, en los cuales se produce azúcar de primera calidad, panela, miel etc.; considerada esa importancia, no sólo porque la ciudad es capital de un Departamento que da cuantiosos rendimientos a las rentas públicas, sino por ser el centro a donde convergen los ferrocarriles de la Sabana y Girardot, la Gobernación juzgó conveniente dotarla de una planta eléctrica, y al efecto celebró con el ingeniero un contrato para el establecimiento de esa mejora. (Rafael Alvarez Salas, nombre del ingeniero). (Del informe del Gobernador Elisio Medina, rendido al Ministro de Gobierno el 1º de Julio de 1908).

Centro educacional—Cultura artística

Facatativá fue, desde sus primeros tiempos, un centro de vigorosa actividad cultural. Pedagogos en agraz, músicos, poetas, literatos, periodistas, institutores, aguerridos políticos, hombres de acción aparecen en su historia.

La Escuela Normal de Institutores y la Escuela de Bellas Artes, los primeros establecimientos departamentales de su género, al-

bergaron en esta ciudad a una brillante juventud de ambos sexos que dio prestigio a la capital de Cundinamarca. Una sociedad distinguida, ilustrada, generosa, amante de la belleza y de la sabiduría pobló y exaltó a la ciudad.

*

Hé aquí una breve síntesis de esos establecimientos donde se educaron Eduardo Contreras, Benjamín Arciniegas y otros pedagogos notables:

Escuela Normal de Institutores de Facatativá

Por Decreto número 93, de noviembre 16 de 1906, dictado por la Gobernación, se estableció en Facatativá la Escuela Normal de Institutores, con una base de veinte becas, costeadas por el Departamento, pudiendo admitirse hasta diez jóvenes más que se sostuvieran por su propia cuenta, siempre que se comprometieran a estudiar hasta obtener el diploma de maestros de escuela, y servir por lo menos dos años una escuela de la categoría correspondiente al diploma recibido.

Dicho decreto fue sometido a la consideración del honorable Consejo de Ministros, por conducto del señor Ministro de Instrucción Pública, y mereció la aprobación del Gobierno.

El día 2 de febrero dio principio este plantel a sus tareas, con el siguiente personal: Director, señor doctor Francisco J. Barbosa; Sub-director, señor doctor Pablo Barreto Aponte; Pasantes, señores Elías L. Fajardo y Juan de Dios Barbosa; Capellán y profesor de religión, R. P. Fray Luis Mayoral.

Por Decreto número 36, de 14 de marzo, fue promovido el señor Pablo Barreto Aponte del cargo de Sub-director al de Maestro de pedagogía de la misma Escuela, encargado de la Dirección de la Anexa, y nombrado en su reemplazo el señor Rafael Escobar Roa. Por ese mismo decreto se nombró profesor de historia natural al señor doctor don José Francisco Martín.

Las primeras 27 becas fueron adjudicadas así: Arciniegas Benjamín, González Benjamín, Londoño Benigno, Carrera José Vicente, Moreno Jorge, Alfaro Felipe, Bernate Lucrecio, Arenas Ulpiano, Barbosa Basilio, Acuña Pedro, Castro Osías, Martínez Isaac, Pabón Manuel F., Sogamoso Marco Tulio, Alvarez Benjamín, Baquero Salvador, Castro Luis Alberto, Martínez Oliverio, Guevara Pacífico, Garavito Pablo, Lucena Eudoro, Pulido Adonái, Ramírez Emiliano, Guzmán Julio César, Miranda Pedro Sabas, Zabala Tiberio, Pulido Pablo Emilio y Zabala Juan E.

El 30 de noviembre del mismo año tuvo lugar la sesión de clausura, durante la cual se desarrolló el siguiente programa artístico:

- 1º—La posta di Washington. Marcha: Tw Steps.
- 2º—Himno Nacional, ejecutado por los alumnos maestros.
- 3º—Recordando. Recitación: R. E. R.
- 4º—Moralba. Intermezzo: Rosales.
- 5º—Práctica pedagógica sobre historia natural, por un alumno maestro.
- 6º—Sonrisas. Valses: Waldteufel.
- 7º—Práctica sobre matemáticas.
- 8º—Vísperas sicilianas. Bolero: Verdi.
- 9º—Distribución de premios a los alumnos de la Anexa.

- 10—La Góndola Negra. Barcarola por los alumnos maestros: A. Rotoli.
- 11—Lectura de calificaciones de los alumnos maestros.
- 12—Botón de Flor, Valses: Ivanovich.
- 13—Discurso de clausura: Francisco J. Barbosa.
- 14—Himno de Bolívar, por los alumnos maestros: C. Fajardo.
- 15—Distribución de premios.
- 16—La Pastorella. Mazurca: Franci.

Escuela de Bellas Artes

Creada por Decreto número 98, del 4 de diciembre de 1906, con el siguiente profesorado: dibujo inferior y superior, teoría y solfeo, piano, canto y violín, bajo la rectoría de Francisco Javier Calvo y Daniel Zamudio G.

Las primeras alumnas fueron:

Alejandrina Gaitán, Ana Rosa Alvarez, Ana Rosa García, Ana Francisca Gaitán, Ana Rosa Gaitán, Carmen Rosa Valbuena, Concepción Rincón, Clelia Mosquera, Dolores Silvestre, Emma Rincón, Etelvina Sierra, Sofía Sierra, Evangelina Medina, Inés Osorio, Mariana Medina, María Elena Hernández, María Teresa Silvestre, María de Jesús Sierra, María del Carmen Rubio, Magdalena Valbuena, Paulina Rincón, Soledad Barrera, Susana Barrios. También se matricularon los siguientes alumnos: Juan Pablo Morales, Josué León, Julio Morales, Luis E. Parra, Miguel Eduardo Castañeda y Francisco Antonio Morales.

*

Acta—La siguiente acta deja constancia del resultado de las labores y estudios adelantados en la Escuela de Bellas Artes de Facatativá:

**LA GRAN NACION
CHIBCHA**

BOSQUEJO SOCIOLOGICO

En el año de 1891 Eugenio Ortega escribió un magnífico libro sobre la cultura y el proceso de la civilización chibcha. Se hacen en él el recuento y la historia pormenorizada de los sucesos más importantes en la vida de ese pueblo laborioso y espléndido.

Con base en ese estudio, destacamos algunos aspectos:

“La nación de los chibchas o muiscas, que era la principal, y que fue descubierta por Gonzalo Jiménez de Quesada, a fines de 1536, ocupaba algo menos de doscientos tres miriámetros cuadrados, y según los cálculos más moderados, tenía un millón doscientos mil habitantes. Sus límites eran: por el Occidente, los dominios de los Panches, Colimas y Muzos; por el Norte, los de los Agataes, Guanés y Laches; por el Oriente, los de las tribus poco numerosas que vivían hacia los llanos, en el declive de la cordillera, y por el Sur, el páramo de Sumapaz. De modo que comprendía las sabanas de Bogotá, Zipaquirá y Ubaté, los valles de Fusagasugá, Cáqueza, Pacho y Tenza, y las circunscripciones de Guatavita, Chontá, Tunja, Tundama y Sogamoso.

Las dos configuraciones observadas en los cráneos de los chibchas, la variedad de ti-

pos, y la desarmonía en las creencias, ceremonias y costumbres de la nación, revelan que ésta provenía de dos pueblos diversos, que se refundieron, conservando rasgos de dos civilizaciones distintas, y uno de los cuales probablemente era de origen japonés.

Los chibchas eran de baja estatura, color moreno, rostro ancho, frente aplanada y angosta, pómulos protuberantes, ojos negros, pequeños y ligeramente oblicuos, nariz chata, boca rasgada, labios gruesos, dentadura blanca y pareja, barba corta y lampiña, y cabellos negros y cerdosos. Había algunos de tipo más delicado y correcto, que es de suponer descendían de la más culta, pero menos vigorosa de las dos razas primitivas.

Tenían inteligencia despejada y disposiciones para las artes. Eran sufridos y obedientes, laboriosos y ordinariamente sobrios, sin que por eso dejaran de excederse en la bebida en los regocijos y funerales; tenían espíritu religioso, pero dispuesto a las supersticiones; su carácter apacible no obstaba para que fueran valerosos y aptos para la guerra; trataban bien a sus mujeres, y cuidaban de los ancianos y los enfermos.

El vestido ordinario de los hombres era una camiseta de algodón, que les llegaba hasta abajo de la rodilla, estimándose gran lujo que fuera pintada de negro y colorado, como la usaban las personas distinguidas; se cubrían la espalda con una manta cuadrada que ataban al cuello, y que después de la Conquista sustituyeron con la ruana, a usanza del Perú; en la cabeza se ponían casquetes, por lo regular de pieles de animales feroces, matizados de plumas de distintos colores: en la frente llevaban medias lunas de plata u oro, en las

orejas y narices chagualas de este último metal, y en los brazos sartales de cuentas de piedra y hueso. Las mujeres usaban "chircate" que era una manta cuadrada que se ceñían a la cintura con una faja, y sobre los hombros una "liquira" o manta pequeña, que les cubría a medias el pecho, y que sujetaban con un alfiler de cabeza grande, llamado "topo".

El principal afeite, tanto de ellas como de los hombres, consistía en pintas coloradas o negras en la cara y en los brazos. Los varones usaban los cabellos hasta los hombros y partidos en forma nazarena, y las mujeres sueltos y más largos. Para hacerlos crecer bastante se servían éstas de algunas yerbas, y para que se pusieran más negros de lo que eran los metían en fuertes lejías puestas al fuego.

El idioma de los chibchas, notable por su riqueza, claridad y precisión, carecía de las letras *d* y *l*, y se caracterizaba por el frecuente uso de las sílabas *cha*, *che*, *chi*, *cho*, *chu*, como en *chuchi* (nosotros); *hicha chamique* (yo mismo) y *chibcha guy* que era su verbo auxiliar. En 1619 se publicó en Madrid un compendio de Gramática de la Lengua, escrito por fray Bernardo Lugo, y en 1871, don Ezequiel Urícoechea incluyó un trabajo sobre la materia en la "Colección Lingüística Americana", habiéndose servido al efecto de un vocabulario manuscrito que existe en la Biblioteca Nacional.

Los principales regocijos eran danzas, música y cantos monótonos, apuestas de carreras entre los jóvenes, abundantes libaciones de *chicha*, que era el licor que acostumbraban. Las fiestas públicas eran presididas por los caciques, y durante ellas se mantenían en las

puertas del cercado dos ancianos desnudos tocando la desapacible chirimía, y cubiertos con una atarraya, símbolo de la muerte, porque los chibchas eran de concepto que ésta debe tenerse presente a todas horas y mucho más en los momentos de alegría.

Los matrimonios se celebraban ante los jeques, quienes le preguntaban a la esposa, si había de querer al Bochica más que a su marido, a éste más que a sus hijos, y a sus hijos más que a sí misma, y contestadas las preguntas afirmativamente, le exigían también la promesa de no comer en caso de que su cónyuge estuviera muriéndose de hambre, y la de no entrar al dormitorio de éste sin orden suya; luego le decían al esposo que si quería por mujer a la que tenía abrazada, lo manifestase claramente a voces, de modo que lo entendieran todos los concurrentes, y una vez que respondía a gritos en tres o cuatro ocasiones "sí quiero", quedaba celebrado el matrimonio. Después el marido podía casarse sin ceremonia alguna con todas las mujeres que alcanzara a mantener, pero el parentesco dentro del cuarto grado de consanguinidad era causal de impedimento.

A los muertos les hacían funerales y aniversarios, en los cuales repetían en sentidos cantos la historia del finado, y en las sepulturas colocaban alimentos, armas y alhajas, y además, si eran de Caciques o Uzaques, sus mujeres predilectas y algunos sirvientes, privados del conocimiento con el zumo de una planta narcótica. En señal de luto se pintaban de rojo el cuerpo, los cabellos y el vestido.

Cosmogonía

Según la cosmogonía de los chibchas, primitivamente la luz estaba encerrada en una cosa grande que no podían definir, que llamaban Chiminigagua o el Creador, de la cual lo primero que salió fueron unas aves negras que volando por todo el mundo lanzaban por el pico un aire resplandeciente que iluminó la tierra. Poco después de que amaneció el primer día, salió de la laguna de Iguaque, situada cuatro leguas al norte de Tunja, una hermosa mujer llamada Bachué o Fusachogua (mujer buena), con un niño de tres años. Habiendo vivido en la parte llana hasta que éste llegó a la pubertad, se casó con él, y de tal matrimonio surgió la especie humana, que se propagó con extraordinaria rapidez. Transcurridos muchos años y viendo aquéllos poblado ya el mundo, volvieron a la misma laguna y convirtiéndose en serpientes desaparecieron en sus aguas.

Los chibchas eran politeístas, pues aun cuando reconocían la existencia de un Dios, no por eso dejaban de adorar diversos dioses, de los cuales los principales eran: el Sol, llamado Suá, y la Luna o Chía, a la que tenían por su mujer; el Böchica, primer sacerdote de Iraca, que después de que desapareció se les presentó una tarde en el arco iris, y con el bordón que traía en la mano abrió paso a las aguas que inundaban la sabana de Bacatá, formando de ese modo el Salto de Tequendama; Chibchacún, encargado especialmente de la Nación y la Bachué, madre del género humano, a la cual representaban en pequeñas estatuas de oro y de madera, con el niño en distintas edades. Adoraban también a Necatacoa o Fo, a quien

representaban en figura de oso, arrastrando la cola, y que era el Dios de los tejedores y pintores de mantas y presidía las borracheras, y a Chaquén, que tenía a su cargo los linderos de las sementeras y los puestos en las procesiones, y al cual le ofrecían las plumas y diademas con que se adornaban en los combates y en las fiestas.

En 1470, Saguanmachica entró a ejercer el cacicazgo de la floreciente provincia de los bacatáes, y se dio el título de Zipa, equivalente al de Zaque, revelando así la tendencia a ensanchar sus dominios, y acaso a establecer un gobierno general, constituyéndose él en jefe supremo de la nación, como lo habían sido los primeros soberanos de Tunja.

Habiendo heredado considerable riqueza y un gran número de guerreros, derrotó a los Sutagaos en el valle de Fusagasugá y luégo al Guatavita, logrando un extraordinario desarrollo en su prestigio y en su dominación.

A Saguanmachica le sucedió Nemequene o "Hueso de León", notable como guerrero, político, legislador y juez, el cual habiendo reinado dignamente desde 1490 hasta 1514, figura entre los más distinguidos gobernantes del país.

Después de haber consultado a los Uzaques o principales súbditos, hizo General a Tisquesusa, presunto heredero de la corona, y le confió el mando de cuarenta mil soldados, para sujetar a los sutagaos, que aprovechando el cambio gubernativo de los bacatáes, habían proclamado su independencia; y al mismo

tiempo organizó más fuerzas para defenderse de las invasiones de los panches, con los cuales tuvieron diversos encuentros.

A su vez, el Cacique de Zipaquirá, auxiliado por los nensas y probablemente azuzado por el de Ebaté y el Guatavita, le declaró la guerra, a pesar de los tratados de paz que con él tenía estipulados, y por las fronteras de Cajicá se internó en el territorio del Zipa.

Sin demora le salió éste al encuentro con diez y seis mil hombres, lo venció entre Cajicá y Chía y después de haberlo sujetado regresó a Bacatá, a tiempo que por distinta vía entraba también Tisquesusa, que había triunfado sobre los sutagaos. Después de numerosas victorias, Nemequene convocó a los caciques y les dirigió la siguiente arenga, según reproducción que hacen los historiadores de la época: 'Bien notorias son para vosotros mis hazañas y la serie de triunfos obtenidos durante largo tiempo; pues sois testigos de que ninguno de los Caciques que se atrevieron a oponérsele, dejó de quedar sometido, confesando la diferencia con que fuimos creados por el resplandeciente Autor de la naturaleza. Mis Estados comprenden ya todos estos dilatados llanos, las tierras que tengo del otro lado de la gran cordillera, y las que lindan con los panches, allende la montaña: sin que nadie esté disgustado con mi gobierno, ni deje de reconocer que soy digno de sujetar a los demás monarcas. Así es que considero como una afrenta, que el Zaque de Tunja, que es inferior a mí, no sólo no se me haya sometido sino que intente oponerse a mi soberanía. No niego que si hubiera tenido el valor de avasallar las provincias que lindan con la suya, pudiera compe-

tir conmigo en el poder, ya que no en la sangre; pero siendo sus dominios menores que los de los otros Caciques libres de aquel reino, es una mengua para los bacatáes el que no lo hayan conquistado.

‘Estoy, pues, resuelto a levantar un ejército suficiente para sujetar a mi adversario; para lo cual es preciso que en el plazo de treinta días, cada uno de vosotros prepare sus tropas, con los elementos necesarios para la campaña, y que todos me las presentéis, para saber de cuánta gente puedo disponer. Y os empeño mi real palabra de que recompensaré debidamente a los que más se distingan en servirme. Partid luego y pregonad la guerra en todo el reino, pues en el próximo verano, que está cerca, me prometo realizar los designios que tengo premeditados detenidamente’.

La lucha fue contra Quemuenchatocha, Zaque de Tunja, y en ella perecieron los jefes de los dos ejércitos, después de esta gallarda y homérica invitación del Zaque: ‘Si te ha causado admiración, gran Nemequene, que yo pretenda competir contigo con las armas, mi sorpresa ha sido mucho mayor, al saber que te has formado tan mezquino concepto de un caudillo de mi reputación, que pretendes te reconozca como soberano antes de librar la próxima batalla, en que se verá cuál de los dos merece serlo por su prudencia y valor. Bien se conoce que lo que pides te lo dicta tu vana altivez y no la sana razón, que sabe apreciar debidamente el mérito. Mas te advierto que son muy falibles las opiniones del esfuerzo propio, y que se engaña el que imagina que el valor es un privilegio exclusivamente suyo.

'Aseguras que triunfarás, olvidándote de que sobre los cálculos humanos se encuentran los innumerables designios de Dios, y de que frecuentemente la veleidosa fortuna se complace en abatir y humillar a los mismos a quienes más pródigamente ha dispensado sus favores. También afirmas, que por tu linaje te corresponde el dominio del mundo, y aunque lo mismo podría yo alegar, la decisión depende ya más de la fuerza que de impertinentes discusiones.

'Hallándose, pues, prevenidos los dos ejércitos, que la lucha defina nuestra suerte; pero si, como dices, te apena la mortandad que habrá en la contienda, batámonos tú y yo cuerpo a cuerpo, a fin de que el vencido reconozca por dueño a su contrario'.

Quería el valeroso Nemequene aceptar el duelo, pero los uzaques lo disuadieron, manifestándole que además de ser indecoroso batirse personalmente con un Cacique que ya podía considerarse como su vasallo, era una temeridad comprometer la suerte de su reino, en una lucha de incierto resultado, cuando en un combate general no se le podría escapar la victoria. Además le hicieron presente, que sería una gran calamidad que muriera dejando a los súbditos en condición de conquistados, y concluyeron suplicándole que inmediatamente librara la batalla.

La descripción de la batalla pertenece a la pluma del Obispo Lucas Fernández Piedrahita, y es la siguiente:

'Seguía el sol su carrera poco antes de rayar el mediodía, y hallándose los tunjanos no menos deseosos de venir a las manos que los bogotáes, bien ordenados de ambas partes

los escuadrones, después de un corto razonamiento que los dos reyes hicieron para aumentarles el ánimo que mostraban, a la primera señal empezaron a resonar los caracoles, pífanos y fotutos, y juntamente la grito y confusión de voces de ambos ejércitos, que llaman guazabara, y acostumbraban siempre al romper la batalla; cuyo ataque primero corrió por cuenta de Saquezazipa, con tanto esfuerzo y efusión de sangre por aquella muchedumbre de bárbaros derramada, que nadaban las yerbas en arroyos de ella. El primer estrago lo causaron los pedreros de las dos alas de cada ejército, y entre el restallar de las hondas y el silbar de las saetas, se fueron mezclando las hileras, con tanto coraje, que no se malograba tiro ni golpe entre los combatientes. Veíanse los campos sembrados de penachos y medias lunas de sus dueños, a quienes desamparaban en las últimas angustias de la vida. Los desnudos cuerpos en forma de erizos, bermejeaban con la sangre de las heridas, que las volantes tiraderas sembradas en ellos ocasionaron en cuantas partes alcanzó la desdicha de cada uno. Despedazadas las cabezas con el mortal estrago de las piedras, batallaban mucho más consigo mismos que con sus contrarios. Nunca Marte se mostró más sangriento y sañudo, ni la Muerte recogió más despojos en las batallas más memorables. El Zipa se halló herido de una saeta desmandada, que disparándose al acaso le atravesó el cuerpo por el costado derecho y entonces se sacó la saeta con sus propias manos, pero reconociendo la herida y el dolor intenso que le apremiaba, vuelto a los soldados de su guardia, les dijo: Amigos, yo me hallo herido de muerte, hacéd en mi ven-

ganza lo que debéis como buenos y leales vasallos; ninguno desmaye con mi desgracia, que si no me engañan las señales, muy brevemente tendréis en las manos una cumplida victoria'.

A los cinco días, y después de perdida la batalla, Nemequene pagó tributo a la muerte en Bacatá.

Tisquesusa, sobrino del gran desaparecido, se encontraba como Cacique de Chía. Fue reconocido por Saquezazipa y por Uzaques, como legítimo sucesor de Nemequene y colocado en el trono de Muequetá, previas las formalidades acostumbradas desde tiempos muy remotos. Era de buena figura, alto, gallardo, y de aspecto grave. Gobernó de 1514 a 1538; fue el último Zipa legítimo y el penúltimo de los que en realidad existieron, como que después de él desempeñó el zipazgo, aunque sin los títulos que se requerían, el infortunado Sacresaxigua o Sagipa, llamado también Saquezazipa.

Mientras la nación chibcha se desarrollaba lentamente, en medio de sangrientas luchas, lejos de ella se cumplían acontecimientos que debían resolver definitivamente de su suerte, y a virtud de los cuales ciento sesenta y seis Ochies, o hijos del Sol, como cándidamente los consideraban los indígenas, aparecieron por las regiones del Norte.

Creyeron los naturales que los caballos que tenían los extranjeros hacían parte de los jinetes y que tales entes eran inmortales, volaban y comían carne humana. Así es que al principio era tal el terror que les inspiraban,

que a su presencia algunos perdían el sentido y otros se arrojaban al suelo boca abajo para no verlos.

Llevaban los bacatáes varias momias de guerreros afortunados, ya como un talismán que les asegurase el triunfo, ya para inspirarse en el recuerdo de su gloria, y algún tanto despreocupados de sus primeros conceptos respecto de los españoles, los acometieron impetuosamente; pero con grande estrago fueron rechazados por varios infantes y un piquete de caballería. Este los persiguió hasta la fortaleza de "Busongote", situada en Cajicá, y regresó de allí por haber divisado infinidad de gente en una colina de las inmediaciones.

El "Busongote" estaba rodeado por una cerca de cañas entretrejidas y maderos gruesos sumamente fuertes; tenía quince pies de altura, y estaba cubierto por un tupido toldo de algodón, de cinco varas de ancho y unas dos mil de largo.

Los españoles se detuvieron en el "Busongote" ocho días e hicieron paces con gran número de indios comarcanos que, persuadidos de que aquellos eran hijos del Sol y de la Luna, enviados por el Cielo para castigarlos por sus pecados, fueron en procesión cargados de braseros que pusieron delante del general Jiménez de Quesada, y en los cuales quemaron resina de moque, cantando al mismo tiempo himnos en que imploraban perdón por el atrevimiento pasado.

Viendo los naturales que los españoles prolongaban demasiado su residencia en Bacatá, determinaron hostilizarlos con frecuentes ataques, y al efecto les arrojaban piedras